

Maria Àngels Anglada

*El violín
de Auschwitz*



DESTINO

A las víctimas

In memoriam

Reconocimiento

La autora expresa su gratitud al *luthier* Ramon Pinto i Comas.

Nota

Los documentos que encabezan los capítulos son auténticos. *Cfr* .:

Reimund Schnabel, *Macht ohne Moral-Eine Dokumentation über SS* , Röderberg-Verlag, Frankfurt, 1957 [Traducción al castellano: *Poder sin moral. Historia de las SS* , Seix Barral, Barcelona, 1966].

I

Guardia del gueto 6

Litzmannstadt, 1 de diciembre de 1941

Asunto: uso de arma de fuego.

El día 1 de diciembre de 1941, desde las 14 hasta las 16 horas, permanecí en el puesto de guardia número 4 de la Hohensteinerstrasse. Hacia las 15 horas vi a una judía que trepaba por la empalizada del gueto, sacaba la cabeza por entre los palos e intentaba robar nabos de un carretón que estaba estacionado allí. Hice uso de mi arma de fuego. La judía cayó mortalmente herida por mis dos disparos.

Clase de arma: carabina 98.

Munición empleada: dos cartuchos.

Firmado:

NAUMANN

Guardia de reserva

1.^a Compañía - Batallón Gueto

Diciembre de 1991

Siempre me cuesta dormir la noche que he tocado en un concierto. Me vuelve una y otra vez a la memoria, como si se tratara de una grabación que se repite. Pero es que este concierto, además, había sido muy peculiar, celebrado el mismo día en que había muerto Mozart, doscientos años atrás. Habíamos tocado en Cracovia, ciudad de buenos músicos, en una sala, habilitada como auditorio, de la bellísima Casa Veneciana. El tiempo era muy frío, y eso nos había impedido pasear por la ciudad, plagada de obras de arte. Al mediodía, cuando el sol levantó la niebla, apenas si fui a dar una vuelta por la Ryneck Glowny, antes de regresar al hotel.

En la primera parte, a pesar de que el concierto estaba dedicado a Mozart, Virgili Stancu, el pianista de nuestro trío, había cedido a la sugerencia de los organizadores polacos creando con su arte de siempre el preludio de Chopin que tenía en la punta de los dedos. En la segunda parte, él y yo habíamos interpretado la sonata en mi bemol que Mozart escribió para una violinista a la que admiraba mucho, Regina Strinassacchi. Nos quedamos también a escuchar a la orquesta que

interpretó la *Sinfonía concertante KV 364*, de forma impecable, remarcando todos los planos sonoros y dejando entrever aquel fondo dramático tras el gracioso y sabio trenzado del fraseo.

Me había llamado especialmente la atención el sonido del violín solista. Lo tocaba una mujer, ya mayor, la primera violinista de la orquesta, con afinación extrema y —según me pareció— con verdadera pasión contenida.

Tenía los ojos tristes cuando no tocaba.

Era noche cerrada, añoraba a Electra y me parecía que aún estaba escuchando el sonido de aquel violín. No es que fuera muy potente; pero sí aterciopelado y pleno. No se trataba, por supuesto, de un instrumento construido por los grandes maestros de Cremona. Pero bien podía ser, pensaba, un violín de la antigua escuela polaca. ¿Se habría salvado, pues, de tantas destrucciones, un Mathaeus Dobrucky, de Cracovia? Pensándolo bien, sin embargo, su color me había parecido de un rojizo más oscuro, no tan transparente. No era inverosímil tampoco que fuese una obra alemana, o tiroleza, realizada por algún miembro de aquella interminable estirpe de constructores de violines, los Klotz.

—No, ya ves que no es un Klotz.

Me lo había dicho sonriendo, pero la alegría no habitaba su sonrisa. Era al día siguiente del concierto. La noche anterior había decidido preguntarle directamente a la violinista por el origen del instrumento; y para dejarme de lucubraciones me había sumergido en la lectura de una de las excelentes novelas de intriga de Eric Ambler, que me procuran un sueño plácido y profundo.

Nos encontrábamos en la Escuela Superior de Música de la ciudad —no la llaman conservatorio—, donde había sido invitada. Había admirado, en el espacioso vestíbulo, los retratos al óleo de toda aquella serie de magníficos músicos polacos, desde los más antiguos hasta mi colega Wienasky. Luego había ido a una aula más bien pequeña para impartir una lección magistral, lo que ahora está de moda denominar una *master class*.

Al terminar, la mujer me puso el violín en las manos; su violín. Lo probé: las cuerdas me respondían tal como se lo pedía, como el barro dócil responde a las manos que lo modelan. Era una pequeña maravilla.

—Supongo que no querías desprenderte de él.

—¡Por nada del mundo! —me contestó—. Aunque me muriera de hambre. Es todo lo que me queda de mi familia. Sí —continuó—, este violín lo hizo mi tío Daniel, con las medidas de los Stradivarius. ¡No lo cambiaría por nada!

—Claro, ahora entiendo que lo valores tanto.

—Oh no, no puedes entenderlo. Para eso necesitarías saber toda la historia.

Una inmensa sombra de tristeza le nubló los ojos claros y acentuó las arrugas de su bello rostro. Se pasó la mano, innecesariamente, por la melena de cabellos rubios y plateados. Respiraba muy de prisa, casi con fatiga.

Tuvimos que dejar de hablar, porque me había comprometido a asistir, en la sala de actos, a una interpretación de los alumnos superiores de cuerda, que nos ofrecieron el *Intermezzo* de Penderecki, tantos años rector de la escuela. A continuación hubo una sencilla fiesta, que pareció fatigar a mi colega.

—¿No te cansa la fiesta?

Me lo preguntó al poco rato. A mí no me cansaba, pero aquella mujer había despertado mi curiosidad e interés.

—No me importa nada dejarla; ahora ya he cumplido. Te acompañaré a tu casa, si quieres.

Vivía cerca de la Escuela de Música y desafiarnos a pie la tarde helada, empañada otra vez por la niebla. Me invitó a subir y a compartir un té bien caliente. El piso era pequeño, sencillo: la vida era dura en Polonia. No volví a mencionar su violín, quería distraerla, cambiar sus pensamientos. Sólo una vez me habló de su hijo, al enseñarme una fotografía, y me explicó que se había marchado a vivir a Israel. Ella, en cambio, no quería trasladarse.

—¿Qué iba a hacer yo allí? Él es tallista de diamantes, tiene un buen trabajo, pero ahora en Israel hay tantos músicos, rusos sobre todo, que podrían formar cien orquestas. Viene para fin de año, por la Pascua.*

Pero enseguida nos pusimos a hablar de música; discutimos algunos problemas de interpretación, mientras escuchábamos la grabación de la sinfonía concertante; y acabamos tocando —siempre me pasa igual— porque ella también era una buena pianista y el piano ocupaba casi la mitad del comedor-sala de estar-sala de música, todo en una sola pieza. Esto llegó a aproximarnos más de lo que habrían podido hacerlo horas de conversación; y me encontré de pronto siendo amigo suyo. En algún momento —quizá soy presuntuoso— me pareció notar, como una ráfaga de aire que pasa, una chispa de deseo en sus ojos y en sus mejillas encendidas; pero seguramente no fue más que la música. ¡Dios mío, pensé, si es mucho mayor que yo!

Acabamos la sonata, perfectamente compenetrados, y ella parecía transformada y risueña; y todavía más cuando colgó el teléfono, que

sonó justamente en el momento en que me apretaba las manos, contenta, después de tapar las teclas del piano. No tenía por qué dar ninguna explicación, pero me dijo que era su amigo, «no es músico —añadió—, es técnico industrial, trabaja en Nueva Huta, no tenemos muchas ocasiones de salir juntos».

A todo esto, comenzaba a hacerse tarde y tenía que volver al hotel, donde me esperaban Gerda y Virgili Stancu. Nos separamos, pues, con algo de pena y quedamos en cenar los cuatro juntos al día siguiente en el hotel en que nos hospedábamos. No quería que Regina hiciera ningún gasto porque, pese a ser una excelente profesional, no le resultaba fácil ganarse la vida. No quise decirle nada sin hablar de ello antes con mis compañeros de trío, pero pensé que podía ser una buena idea invitarla a Holanda y programar algún concierto con ella. Estaba seguro de que estarían de acuerdo, porque su interpretación les había gustado mucho, según me habían comentado.

Al día siguiente, después de cenar, quise acompañarla a su piso, pero ella me dijo que no era necesario, que se me haría demasiado tarde. Me permití, pues, pedir un taxi y anticiparle generosamente al conductor el importe del trayecto. Nos despedimos con un abrazo fuerte y amistoso y pensé, con sentimiento, que su cuerpo era suave y que, años atrás, debió de haber sido deseable.

Durante toda la velada, ella había conversado más con Gerda —la violonchelista— que conmigo. Incluso desaparecieron juntas un buen rato. Cuando volvieron, advertí que Regina se había cambiado de ropa: llevaba uno de los trajes de concierto de Gerda, uno azul oscuro, con encajes, que le quedaba muy bien. Imaginé que además habrían compartido algunos secretos.

Y no me equivocaba.

—Regina ha quedado muy contenta con tus sugerencias sobre interpretación —me dijo Gerda—. Y también con la clase que has dado a los alumnos mayores. ¡Le has causado una gran impresión!

—Pues si te digo la verdad, creo que no era tan imprescindible para ellos. ¡Ya oíste cómo tocaban!

—Pero tú les has aportado un punto de vista nuevo; tu manera de ver las cosas y tu escuela son diferentes, y eso a ella le ha interesado mucho, principalmente la parte de la cadencia.

Hizo una pausa y cambió de tema.

—¿No te ha comentado nada sobre su vida?

—No, tampoco yo le he pedido ningún detalle, ¡no soy tan indiscreto! Además me ha parecido que estas cosas le producen tristeza. Cuando

me explicó que su violín lo había construido su tío Daniel, pude oír que añadía por lo bajo: «Bendito sea su recuerdo».

Sí, me confirmó Gerda, por fuerza tenían que producirle tristeza. Prácticamente todos los suyos fueron víctimas del holocausto; su madre y su abuela murieron en el gueto de Cracovia; su padre y su hermano mayor, en Auschwitz; todos, pues, muertos a manos de los nazis. Pensé que ella debía de ser muy pequeña en aquellos años. ¿Cómo se había salvado? También me vino al pensamiento que la música la debió de haber ayudado mucho a sobreponerse a tantas sombras.

—Me dio estas fotocopias para ti; en ellas recoge muchos testimonios de aquel tiempo. Dijo que te interesaste por su violín y que así podrás reconstruir una parte de su historia.

—¿Tú las has leído?

—¡Me han tenido despierta casi toda la noche! Pero ahora son tuyas, me las dio para ti.

Me alegré mucho, era una prueba de amistad. La habíamos convencido también de que más adelante, cuando todos los cabos estuvieran atados, viniera a participar en unos cuantos conciertos. De esto se había encargado Gerda, que siempre se salía con la suya; y ya habíamos quedado en que, en uno de los recitales, ella tocaría la parte de violín del trío *El archiduque* de Beethoven: yo le cedería gustosamente mi puesto. Los demás detalles de la gira los pondríamos en manos de nuestro agente, el hermano de la violonchelista. Regina apenas había salido de su país y una estancia en el exterior la airearía. Tres semanas, nos dijo, no más, mi cátedra despierta muchas envidias.

Nuestra gira llegaba al final; teníamos un último concierto programado en Varsovia y después debíamos separarnos: Gerda y Virgili hacia Amsterdam, yo a mi estudio de París, donde me estaban esperando para grabar un compacto. En el aeropuerto de Varsovia tuvimos que esperar más de dos horas a causa de la niebla. Las aproveché para leer las anotaciones de Regina, traducidas a un inglés de andar por casa. Al cabo de unas cuantas páginas pensé: «Tienes que pasárselas a Àngels, le van a interesar mucho»; pero enseguida me olvidé de todo, concentrado en las notas de la violinista. Un nombre, repetido, no me era desconocido. Mis compañeros me avisaron de que ya habían anunciado nuestro vuelo, y yo no lo había oído, embebido como estaba en la historia del violín de mi amiga —la historia que ya jamás podré olvidar.

II

«Y me condujo hacia la agitada región de la oscuridad.»

DANTE, *Divina comedia* , Infierno IV, 151

Formulario para castigos y azotes. 1942.

Arresto:

Primera clase (normal):

Hasta tres días. Celda con luz. Catre de madera. Alimentación, pan y agua. Comida completa cada cuatro días.

Segunda clase (con agravantes):

Hasta 42 días. Celda oscura. Catre de madera. Alimentación: como en la primera clase.

Tercera clase (riguroso):

Hasta tres días. Sin posibilidad de sentarse ni acostarse. Celda oscura. Alimentación: como las clases anteriores.

Castigo corporal:

Número de azotes: 5, 10, 15, 20, 25.

Instrucciones: previamente, revisión médica.

Los azotes se aplicarán con un látigo de cuero y seguidos, contando cada uno. Queda prohibido desnudar o desvestir parte alguna del cuerpo. La persona no estará atada sino que se echará en un banco. Únicamente se le golpeará en los lomos y en el culo.

Sello:

Oficina de Administración y Economía de las SS

(WVHA)

Cálculo de rentabilidad de las SS sobre la utilización de los presos en campos de trabajo.

Salario medio: 6 RM

Deducción por alimentación: 0,60 RM

Vida media del preso: 9 meses = 270 días

270 X 5,30 RM = 1.431 RM

Deducción para la amortización de la ropa: 0,10 RM

Cuando Daniel salió de la celda de arresto —o mejor dicho, cuando lo sacaron—, todavía más débil a pesar de que no había pasado allí más que cuatro días, estuvo tentado de maldecir el impulso que le había hecho permanecer vivo en aquel infierno. Sabía que habían sido cuatro días porque cada tarde hacía una pequeña incisión, con la uña, para no perder la cuenta: no daban ninguna explicación y no se seguían las normas establecidas. Su delito y el del compañero de la litera de al lado había sido dormirse y no salir puntualmente una de aquellas mañanas oscuras y glaciales. Le dolía todo el cuerpo a causa de los azotes recibidos antes del internamiento y por la dureza del catre, demasiado corto para él: lo hacían expresamente, estaba convencido. Y menos mal que, entre los demás presos, tenía una situación de privilegio, si se podía hablar así: le esperaban para trabajar en la casa del comandante; si no, ¡quién sabe cuánto habría durado su castigo!

Se echó el aliento en los dedos, entumecidos de frío, totalmente olvidadas, desde hacía meses, las viejas oraciones de la mañana, aprendidas en la infancia, el *saharit*. Después del recuento, que le aumentó el frío, se puso a trabajar pensando que aquel mediodía, a más tardar, volvería a comer caliente: una aguachinada sopa de nabos. Las celdas de castigo estaban al lado de la Plaza —la Appelplatz—, donde los reunían también para presenciar las ejecuciones, en el sitio más alto del infierno. El *Drezflüßelager* —el Campo de los Tres Ríos, uno de los relativamente pequeños— se extendía a sus pies y le parecía inmenso, cubierto de niebla como estaba, todo borroso, con sus ominosas construcciones sombrías; los techos de los barracones estaban blancos de nieve o de escarcha, no sabía bien. Pero Sauckel, el comandante, aquel gigante sádico y refinado, quería cultivar gladiolos y camelias y él había trabajado con otros compañeros en las labores de carpintería del invernadero. Esto les proporcionaba, a veces, un suplemento de comida. Por suerte, pensó, no me han aplicado ningún «agravante», como una paliza de recordatorio a la salida; pero no se podía estar seguro de nada, porque en aquellos campos, un poco marginales, los reglamentos no se seguían estrictamente. Aleccionado, hacía cuatro días justos, por otras palizas que había tenido que presenciar, se echó sobre el banco antes de que le obligaran y él mismo se levantó la camisa y se bajó el pantalón.

Aferrándose al banco, no gritó más que el número de cada uno de los veinticinco latigazos; y como, pese al daño que le hacían, no había perdido la cuenta, no tuvieron que volver a empezar a pegarle; cosa que era una diversión frecuente. Hasta aquel día se había librado de los latigazos «formales», no de los golpes y empujones. Pero aquel médico

de ojos grises y fríos como el acero no había vacilado, después de un vistazo superficial, en firmar el visto bueno al castigo corporal de los dos compañeros de barracón. No recordaba que hubiera dejado nunca nada sin firmar. Su evocación le producía escalofríos, le había vuelto a examinar con la mirada —¡y quién sabe si le había considerado apto para futuras vejaciones!

Entre los presos más veteranos se hablaba de un infierno peor, de viajes sin retorno a otros campos, de nombres terribles; y se comentaba también sobre una especie de paraíso pobre, una fábrica donde se repartía un suplemento de comida y no se maltrataba a nadie. Pero Daniel no quería ni atemorizarse ni soñar: había que trabajar con atención y hoy le costaba hacerlo. En la celda las rebanadas de pan habían sido todavía más delgadas que fuera, lo justo para sobrevivir. Mientras se aplicaba a la tarea lo mejor que podía, sin descansar y aun contento de que no le hubieran castigado a trabajar en la cantera, recordó el impulso que, aunque ignoraba por cuánto tiempo, le había salvado la vida.

—¿Oficio?

No todos tenían la suerte de escuchar esta pregunta, aparentemente inofensiva. Los señalados desde el principio para la muerte iban a otra fila: muchos niños, ancianos, mujeres mayores y enfermos.

—Carpintero, ebanista —respondió con rapidez.

Era una mentira a medias. Pero en el trasfondo de su frente pálida había nacido la respuesta, que sólo más tarde razonó para sí mismo. Le pareció que alguien se la había dictado. En aquel tiempo de persecución, absolutamente inexorable, la vida estaba en la cuerda floja y los judíos —y otra mucha gente— eran funámbulos inexpertos y marcados.

Conocía demasiado bien a los que hilaban el destino de su pueblo: aquella especie de asesinos, aquellos oficiales de las Waffen-SS, monstruos disfrazados con uniformes impecables, cuando no estaban salpicados de sangre, bien peinados, con frecuencia hombres de cultura —que seguramente amaban a sus perros, la música, que tenían una familia—. De aquellas malditas manos finas, de aquellos ojos serenos o fanáticos pendía una cuerda flojísima: la vida o un espejismo de vida.

Para estos *goyim* * —pensó, como un relámpago, mientras oía la pregunta— no existía el antiguo mandamiento de «no matarás». Su madre no había tenido ocasión de escuchar la pregunta, había muerto en el gueto muy pronto y, aunque el médico judío, impotente, aludió a la tuberculosis, él siempre pensó que murió de hambre y de tristeza, espectro de sí misma.

¿Qué habría podido hacer un *luthier* en el infierno? Carpintero le había parecido una buena respuesta en aquel momento, incluso para el oficial, que movió la cabeza con un gesto de aprobación al escribirla; siempre necesitaban alguno. Pero al cabo de meses, largos como años, tan llenos de dolor, Daniel dudaba ya de ello. Por lo menos le habían sacado de la

celda «con luz» relativamente pronto —nunca se sabía el tiempo de duración, pese a que «ellos» hablaban de un reglamento— y podía ver la luz del día. Dentro, como la ventana era minúscula, había estado prácticamente a oscuras.

Contaba —era consciente de ello— con una ventaja sobre muchos presos: ahora trabajaba a cubierto, porque tenían muy avanzado el invernadero y él estaba acabando una estantería para botellas en la bodega. Había oído, por retazos de conversaciones, que habría otras faenas en la casa y quizá tuviera la suerte de que le mandasen también a trabajar allí. Si me dormí —pensaba— es porque no como bastante y lo suplo con el sueño. Tenían que levantarse cuando todavía estaba muy oscuro, a las cinco y media, para comenzar a trabajar a las siete menos cuarto. Los demás presos hacían sólo una pausa de media hora, a las doce; los que trabajaban en la casa y las dependencias del comandante, los días que habían realizado el trabajo a su gusto exigente y errático, gozaban de una hora de descanso. Por la tarde el trabajo se prolongaba hasta las seis y media: justo a tiempo para la pobre cena, el larguísimo recuento y la noche —sin esperanza de una alba más benigna.

Pero los domingos Sauckel no quería oír ruidos por la mañana, porque el sábado por la noche o volvía tarde o celebraba sus orgías particulares en casa; y para no despertarlo, los esclavos podían comenzar algo más tarde. Estas pequeñas ventajas, siempre con el miedo de que se acabasen, eran las únicas esperanzas que se podía permitir —no pensar más allá, no recordar apenas, ignorar incluso las punzadas de dolor que de vez en cuando le entumecían el cuerpo. No añorar a Eva, quizá ya muerta, con la cual, si no hubiera guerra, estaría casado a estas horas. No recordar sus abrazos de los últimos tiempos, sus labios cálidos, pasadas las primeras semanas de relación envarada, cuando les presentó el intermediario, según la costumbre de la comunidad.

Hoy se encontraba tan débil que haber sentido deseo le parecía cosa de otra vida, de otra persona. La rabia era lo único que le sostenía sin desfallecer, porque no quería dar el espectáculo de un desmayo a aquella manada de hienas, los *führers*, los *krapos*. Contra su voluntad, el pensamiento le condujo a las primeras semanas de internamiento en el *Dreiflüßelager*, cuando todavía era posible mantener breves contactos furtivos con alguna prisionera, detrás de cualquier valla, al atardecer. Enseguida separaron a los hombres de las mujeres con una alambrada eléctrica, que habían tenido que ayudar a instalar; pero con el escaso vigor que tenía le daba igual.

Volvía a tener hambre. Era joven y de naturaleza viva. El almuerzo sólo le engañaría el hambre. Acaso la cocinera, a escondidas, le pasaría sobras de comida; alguna vez se había arriesgado a hacerlo, cuando Él reposaba leyendo después de comer. Cinco horas de trabajo, con agua de castañas y un pedazo de pan de centeno, le llevaban al borde del desfallecimiento. De golpe, mientras estaban en el vestíbulo a punto de salir, tres manzanas de oro —¿era un espejismo?— rodaron por tierra

en medio de una sonora carcajada; los cuatro trabajadores se echaron a gatas por el suelo para cogerlas, mientras el comandante se divertía empujándolas con el pie. Daniel no se sentía herido en su orgullo agachándose para coger una: la indignidad estaba en quien se divertía con su hambre. Una bota negra que parecía enorme amenazó su mano, después se retiró empujando más lejos la fruta, pero al cabo pudo apoderarse de la manzana. No le prendieron, ni le azuzaron los perros cuando dio un bocado; porque decididamente Él se había levantado de buen talante aquella mañana. Una voz de muchacha le llamó desde arriba. El secreto dejaba de serlo: por lo visto, la guapa prostituta le había dejado a gusto y quizá iban a tener dos o tres días de tranquilidad. Quizá. La tarde le pareció muy larga, pese al recuerdo de la manzana.

Tras los días de encierro en la celda hasta encontró el camastro blando. Los compañeros, con piojos como él, eran un apoyo cálido, conocido.

Esta vez lo despertaron. ¡No podía volver a quedarse dormido! Ahora nadie le libraría de los temibles agravantes; y la mirada del doctor Rascher no era ningún buen presagio. Aunque se resentía aún de los golpes, se le había pasado la noche en un sueño y, acaso por la compañía, sin pesadillas. El «secretario» del barracón le sacó de su otro mundo. En sueños se encontraba en su taller, tan perfectamente ordenado, trabajando en la construcción de una viola, entre el olor conocido y agradable de la madera, las colas y los barnices —y no el tufo del barracón—. Arriba, su madre canturreaba mientras preparaba la comida, que también producía una fragancia deliciosa. Todo eran sensaciones agradables: el sol doraba las maderas, les arrancaba reflejos como de crepúsculo, cálidos, de oro viejo, teñidos de rojo y, curiosamente, hasta de azul. Contrastando con sus tonos, el acero de su colección de cuchillas de constructor de violines resplandecía con un brillo frío.

Todas las piezas sin trabajar aún, cortadas para futuros instrumentos, lucían sus aguas, olorosas; y entre ellas pasaba el aire, secándolas lentamente, de la mano de su hermano el tiempo. Lo había aprendido de su padre: nunca utilizaba una madera que no hubiera sido cortada hacía cinco años. De buen abeto de las montañas y de arce, de árboles donde hubieran anidado las golondrinas. Donde hubiese cantado el viento — como después lo haría el arco—. En el sueño cada pieza y cada herramienta brillaban como si fueran joyas —y de hecho lo eran, las modestas joyas de su corona de artesano—. Soñando, se encontraba en uno de los puntos más delicados de su trabajo: colocando en su sitio, en el interior de la viola, el alma, esa pequeña pieza de abeto, de aguas finas y prietas, que estaba a punto de poner, perfectamente vertical, perfectamente recta, justo detrás del pie derecho del puente. Pero ¿qué le pasaba? ¡Las manos le sudaban, el alma se le escurría fuera de lugar, se deslizaba antes de tiempo! Había quedado demasiado corta, inservible. Tendría que volver a empezar todo de nuevo. Pero la viola se volvía honda, honda...

Unas manos que le zarandeaban le despertaron en ese momento. La viola se había quedado sin alma. Le pareció un mal presagio.

El sueño, sin embargo, no era el culpable. Ni hacía falta buscar muy lejos ningún mal augurio. Lo tenía delante, allí mismo. El mal presagio era, sencillamente, el alba. El alba de un nuevo día en la Gehenna, en el Campo de los Tres Ríos.

Una alba oscura, precursora de un día de claridad gris e indecisa, un viejo cobertor sobre el lecho gastado del sufrimiento. Cualquier pesadilla —pensó— no podía ser peor que la crueldad que los rodeaba y los penetraba tan impalpable como el aire que respiraban. Desarmados ante sí mismos, indefensos como recién nacidos. Le parecía que todos los habían abandonado, incluido el mismo Yahvé, en las manos de un odio incomprensible para él. Había oído hablar a su padre de antiguos exilios y pogromos, en el tiempo de los abuelos; pero él había vivido una infancia y una adolescencia tranquilas, incluso habían celebrado con una alegre fiesta su *Bar-mitzvah*^{*} y el de su hermano mayor; y únicamente la muerte de su padre por enfermedad había roto aquella dicha. Acaso por ello la tempestad los había sorprendido de una forma más inesperada; los signos amenazadores, las nubes ennegreciéndose, habían pasado inadvertidos para él, sumergido en un oficio que le apasionaba. Al comienzo de la tiranía se había colocado la estrella amarilla de David sin saber que era la señal de la muerte, como se señalan los pinos para el hacha; y no se había despertado de hecho a la nueva y brutal realidad hasta el día terrible en que le saquearon el taller —un día aún no lejano, ardió la vieja sinagoga del barrio donde, de niño, se había sentido seguro entre el tejido del largo *taled* de su padre, que muy a menudo le llevaba consigo a las fiestas—. Desde entonces, pensaba ahora, cada día era un paso que les anegaba más y más en las aguas pantanosas que acabarían por tragárselos a todos.

Era el segundo día de trabajo desde que había salido de la celda y no sabía por qué motivo se le hacía más largo que el primero. Notaba que le subía al corazón un desfallecimiento, un fatalismo que le llevaba a la desesperanza. Conocía los síntomas: había visto a compañeros de *lager* enfermar y dejarse ir hacia la muerte; ahora yacían enterrados en los altozanos de al lado. Pero él era más joven, intentó darse ánimos, lucharía por algún tiempo. Llegó cansadísimo al barracón, no tenía ganas de hablar, sólo pensaba en echarse a descansar. Al poco rato entraron, extenuados, los que cumplían tareas en el exterior y en la cantera.

Hubo, no obstante, una sorpresa, una señal de tenue color de esperanza. Habían llegado nuevos obreros, esclavos, para cubrir las bajas. Uno de los recién llegados, al que colocaron al lado de su litera, era un mecánico de su misma calle, casi un amigo. Daniel vio en sus ojos la sorpresa y la pena al verle tan delgado, tan demacrado. Se abrazaron llorando; la debilidad física hizo más fáciles las lágrimas. Pero enseguida el constructor de violines, por vez primera, conoció una sensación de alegría en el Campo de los Tres Ríos. Eva seguía viva, le

informó su vecino, estaba relativamente bien. La había visto, mientras hacía una reparación, en la fábrica de uniformes militares que dirigía Tisch: el paraíso del que se hablaba en voz baja en el Campo. Sí, Eva comía cada día buenas rebanadas de pan de centeno que la insólita bondad del industrial le llevaba a comprar de su propio bolsillo para los trabajadores. A veces, hasta brillaba sobre el pan una capa de margarina... ¡o de manteca!

Hablaban en voz baja, en la noche oscura. Su amigo le daba más detalles, cuidando de no hacerle demasiado daño. Ella, antes, había estado en otro campo de nombre terrible; no sabía cuánto le había tocado sufrir, pero había sobrevivido y ahora la tenía relativamente cerca.

—Si pudiera escaparme a verla...

—¡Ni lo pienses! —le advirtió Freund—. Podría ser tu muerte.

Había presenciado muchos fusilamientos instantáneos por verdaderos o supuestos intentos de fuga: eran rápidos disparando, los Cerdos; y al comandante en persona le traía sin cuidado matar a los presos a tiros.

Un compañero refunfuñó:

—¡A ver si me dejáis dormir!

—Mañana te contaré más cosas, si estamos vivos.

La corta conversación había desvelado a Daniel. A pesar de que no era fantasioso, se imaginaba a su Eva, sentada a la máquina de coser, las manos menudas haciendo correr la ropa, las piernas bonitas bajo la máquina moviendo incansables el pedal. Le gustaba más, sin embargo, figurarse sus labios carnosos no sobre los de él, sino lamiendo la capa de untuosa manteca sobre el pan de centeno, las benditas rebanadas gordas, pensaba, que la harían mantenerse viva, que le devolverían un poco de brillo a los ojos negros e irisados. No le tenía envidia: esta visión le aventó la desesperanza; toda la mañana trabajó de nuevo con ganas de vivir.

La tarde, larguísima. El anochecer, interminable. Esperaba la noche con desasosiego para beber más noticias de la boca de su amigo.

Hablaron más bajo todavía; intercambiaron noticias de las dos familias: una larga necrología.

—¡Regina, tu sobrina pequeña, se ha salvado!

Un oficial alemán —descubierto después y enviado al frente de Rusia— le dijo que sacó a escondidas a muchos niños del gueto en cajas de ropa; por lo que sabía, la niña estaba en casa de un músico cliente de Daniel que no era judío, un alemán de los Sudetes, un *goy* de buenos

sentimientos. Sí, claro que lo conocía, Rudi —respondió— está casado con una prima lejana mía. Vivían fuera de Cracovia, en casa del abuelo, dijo Freund; la habían hecho pasar por sobrina y todos tenían papeles arios. Se salvaría casi seguro. Aquella pequeña de tres años era la que tenía más probabilidades de salir adelante, como sobrina de un ario puro, si los que le hacían de padres conseguían que se rehiciera de la desnutrición del gueto. ¡Dios mío, cómo lo deseaba!

Se oía llover fuera. Todo quedará enfangado, pero no hará tanto frío —pensó, antes de dormirse con el sonido de la lluvia, metálico, sobre el leve techo del barracón.

III

«Morando entre tinieblas y a la sombra de la muerte, encadenados por la miseria y por el hierro.»

Salmo 106

Negativa de Rascher a utilizar una prisionera de aspecto «nórdico» en los experimentos para elevar la temperatura de los presos congelados con agua casi helada. 1943.

Fueron puestas a mi disposición cuatro mujeres para recuperar la temperatura de los presos a través del calor animal; procedían del campo de concentración de Ravensbrück.

Una de estas mujeres presenta caracteres raciales totalmente nórdicos: cabello rubio, ojos azules, forma de la cabeza y del cuerpo. Tiene 21 años y 3/4.

A mi reproche por el hecho de que se hubiera presentado voluntaria para el burdel, me dijo: «Más valen seis meses de burdel que seis meses de campo». Me contó extraños detalles del campo de R., confirmados por las demás mujeres y el vigilante que las acompañaba.

Repugna a mi sensibilidad racial el hecho de que se ponga a disposición de presos étnicamente inferiores, como prostituta, a una muchacha de físico claramente nórdico. Con un trato adecuado se la podría devolver al buen camino. Es por esta razón por lo que me niego a usarla en los experimentos y dirijo este informe al comandante del campo y al ayudante del Reichsführer SS.

DR. S. RASCHER

El invernadero estaba acabado, por lo que se refería a su tarea, y la estantería a punto de llenarse. Ahora vendrían los jardineros a cumplir los caprichos del comandante. Aquella noche Daniel durmió muy pocas horas, preocupado por el lugar al que le destinarían. Podía ser que volviera al taller de carpintería, de donde le habían sacado para llevarlo a la casa, gracias a su esmerado trabajo; pero también podía ocurrir que lo llevaran a otro lugar de trabajo más duro, según las necesidades o el deseo de Sauckel. Había captado fragmentos de conversación y pudo entender que había proyectos nuevos; pero quién sabía si Él estaba ya cansado de verlos por allí. Quería examinar a fondo el trabajo realizado y había medio entendido que si su tarea le satisfacía no le enviaría a la cantera.

No le dijeron nada especial aquel día: les ordenaron a los cuatro volver al taller. Mejor, era preferible pasar inadvertido, que nadie gritase tu número. Se dieron cuenta de que se celebraba una fiesta en el pabellón, porque estaban delante tres presos músicos, duchados y mudados, a los que conocían bien. A media tarde, el médico Rascher, con un colega desconocido, entró en el obrador. Ellos siguieron trabajando, sin saludar ni levantar la vista, tal como estaba mandado. Tampoco los visitantes dijeron nada, simplemente observaban a los hombres que cepillaban, serraban, encolaban, pero Daniel se puso muy nervioso, le parecía que le estaban mirando especialmente a él; se pilló la piel de la mano, sin que se le escapase un grito de la garganta. Sólo faltaría que me desgarrara las manos, pensó, y se esforzó en continuar trabajando, los ojos bajos, fijos en la faena. A pesar del frío, gotas de sudor comenzaban a humedecerle el pelo casi rapado sobre la frente. Finalmente los médicos, silenciosos, los liberaron de su angustiada presencia.

Seguramente irían hacia la casa del comandante, debía de haberlos convidado a la fiesta y al concierto. Al Monstruo le gustaban la buena música y el buen vino. Él mismo, a veces, tocaba el violín, y no mal del todo; los músicos le habían dicho que afinaba, pese a tocar de una forma un tanto fría. Parecía que la diversión se alargaba, seguro que tomaban parte chicas guapas. Por la tarde Daniel acabó de pulir un marco de ventana, absorto. Notó una mano pesada sobre su espalda:

—Ve a casa del Sturmbannführer.

Preocupado, se dirigió allí tan deprisa como pudo. ¿Qué querría? Poca cosa, en apariencia; un asistente le señaló, arisco, un desperfecto minúsculo en una de las puertas, que reparó sin problemas. Oía, a lo lejos, la excelente música del trío. Y, de golpe, unos gritos alarmantes del comandante. ¿Qué extraño impulso de coraje le hizo entrar en la sala? Las luces, el olor de la buena comida, el miedo y el humo del tabaco estuvieron a punto de marearlo. Se detuvo un momento; enseguida se dio cuenta del problema: el violín, la cara lívida de terror de uno de los músicos al que conocía muy bien, Bronislaw, aquel joven solista antes respetado, el dedo acusador de Sauckel, la mueca de placer de Rascher. Y pese a todo, no retrocedió. No, no les proporcionaría una diversión cruel. Se cuadró, saludó y con un hilo de voz:

—No es culpa suya, señor. El violín tiene una grieta en la tapa armónica. Yo lo puedo arreglar.

El comandante se le quedó mirando, estupefacto; pero parecía contento de saber que era posible recomponer el instrumento. Otro invitado, desconocido, tenía la mirada llena de compasión y le preguntó:

—¿Dices que eres capaz de arreglarlo? ¡O sea que no es que él haya tocado mal adrede para dañarnos los oídos!

Tomó el violín de las manos del atemorizado Bronislaw, como si estuviera cogiendo una rosa, y le enseñó al invitado la pequeña fisura, olvidando que estaba en casa del enemigo. Hablaba de su oficio en yídish salpicado de alemán pero con una seguridad que no había sentido desde hacía mucho tiempo, desde que le convirtieron en un subhombre preso.

Enseguida se apartó un poco. Ahora la conversación entre el invitado de ojos compasivos, el comandante y Rascher era en voz más baja, y demasiado rápida y viva para él. El otro médico y las chicas no decían nada. Sentía, confusamente, que en aquel intercambio vivaz de palabras estaba en juego él, y también el violinista abroncado. Una de las chicas llenó con vino blanco las finas copas de cristal de todos; al final, Sauckel llamó a un cabo, le dijo algo, señalando a Daniel, y garabateó unas palabras sobre una hoja. No se quiere rebajar a hablar conmigo, pensó el constructor de violines, pero ha tomado ya una decisión y seguramente volverá a castigarme.

El SS le empujó sin contemplaciones, abrió la puerta y él bajó las escaleras antes de que le hiciera rodar por ellas. Volvieron a oírse de nuevo voces alegres y carcajadas; los músicos no salieron todavía. Se había dado cuenta, sin embargo, alzando la vista un poco, de que el temido rostro del médico expresaba decepción y lo consideró una buena señal.

—Has cometido una falta muy grave, desgraciado —le dijo el cabo cuando estuvieron abajo—. Has entrado en la sala y le has dirigido la palabra al Herr Sturmbannführer sin pedir permiso.

Hizo una pausa, como si le dejara tiempo para sopesar la gravedad de su situación.

—En su indulgencia, ha decidido no castigarte, con una condición: mañana por la mañana preséntale el violín arreglado.

¡No había advertido que el cabo traía consigo el violín!

—¿Y cómo podré hacerlo, señor?

—¡Calla y escucha, perro estúpido! Sígueme hasta el taller y allí tendrás toda la noche para trabajar. Si mañana no está a su gusto, celda con agravantes y azotes a la entrada y a la salida. Ahora eres reincidente.

Respiró hondo, como si aquella explicación tan larga le hubiera cansado —no era frecuente, los castigos solían llover sin más ni más—. Está bien, pensó, viendo que le conducía directamente al taller, tendré que resistir y prescindir de la cena, con el hambre que tengo. Guardaba en el bolsillo un corrusco pequeño de pan, escondido por la mañana: lo hacía a veces para que no pareciera tan larga la tarde. El SS seguía llevando el violín en la mano y le enseñó el papel a un vigilante, silencioso y malhumorado —se le aumentó el mal humor al leer el papel, sin ningún

comentario—. Le hizo entrar, le entregaron el violín y, una vez dentro, saltándose la prohibición, encendió un cigarro y le echó el humo a la cara. Cuando tosió, se quedó más satisfecho, se sentó en una silla y se dedicó a vigilar, sin convicción, el trabajo del *luthier*. Pronto dejó de fumar y comenzó a dar cabezadas.

El cigarro, apagado, estaba en el suelo, pero ni se atrevió a tocarlo. Le acompañaban únicamente los ronquidos del vigilante, uno de aquellos presos comunes de rectángulo verde sobre la ropa, a veces muy crueles, y algún grito suelto de pájaros nocturnos, lejos, en la orilla del gran río: fuera, donde crecían los árboles, donde existían colores distintos del gris y del blanco. Él se sabía muy bien el nombre del gran río, el nombre anterior. Pero un compañero de barracón, un profesor de Cracovia, internado por socialista, que se había salvado porque figuraba en la lista como panadero —era hijo de un hornero y sabía amasar y cocer—, lo denominaba con un nombre más extraño: Aqueronte.

Ahora se concentró en el violín. No, no había sido optimista, lo había calculado bastante bien: la grieta era poco profunda, los bordes se unían con una simple presión, no aparecía ninguna astilla, loado sea Yahvé. Comenzó buscando alrededor para ver si alguna de las cuñas pequeñas que usaban era aprovechable. Por suerte tenían siempre el material en orden. Sí, encontró dos cilindros pequeños a la medida, bien lisos, no hacía falta rebajarlos. Por supuesto, no tenía su cola de constructor de violines, pero disponía de un apresto de grumos bastante bueno que reservaban para los trabajos finos en el pabellón del Tirano.

Encendió el hornillo y lo puso a calentar, con tiento, cuidando que no quedara demasiado espeso.

Volvió a ser él mismo, de nuevo, no un número, no un objeto de burla: era Daniel, de oficio constructor de violines. No se acordaba en aquel momento de nada que no fuera su trabajo —su orgullo—. Había olvidado incluso el hambre y los ojos le brillaban por la intensidad de la atención. Con hábiles dedos untó el borde de la fisura por cada lado, muy despacio, y con el dedo iba haciendo girar la cola para que se introdujera bien adentro. Observó el resultado con su mirada experta — ¡se podía decir que había nacido entre violines!— y consideró que estaba bien. Las aguas de la madera coincidían, la pequeña grieta vertical quedaría perfectamente cerrada. Al menos por algún tiempo. Buscó, entonces, el tornillo de apretar, colocó debajo las dos cuñas cuidando de que no se pegaran con la cola y lo enroscó a la medida exacta. Se enjugó el sudor y recapacitó.

Volvió a mirar su trabajo: se había corrido un poco de cola sobre la tapa; no podía arriesgarse a que se secara. Calentó agua, mojó un pincel fino y limpió con absoluta meticulosidad aquel espacio de la tapa armónica. Ahora sólo hacía falta tiempo. Había durado un buen rato esta delicada faena y sabía que tenían que pasar, como poco, cuatro horas largas para que la cola se secara bien; y más con aquel tiempo tan húmedo. El guardia dormía, y por miedo a recibir no se atrevió a

despertarlo, ahora que el tarugo descansaba envuelto en un buen capote de lana. No podía despertarlo ni pensar en salir del taller: en este caso, su sombra esquivada sería el blanco seguro de la ametralladora de algún centinela. De paso, pensó para consolarse de la mala noche que le esperaba, vigilaré el violín para que no le ocurra nada: ¡me juego demasiado en ello!

Volvía a tener hambre; se dio cuenta de que había quedado en el suelo un trozo de la manzana del vigilante. Sin el menor ruido la limpió con un trapo del taller y se la comió a mordiscos ávidos. Tenía que intentar dormir o, al menos, descansar; se calentó las manos en el hornillo, antes de apagarlo, y se echó sobre la tierra en un lugar donde las virutas le ofrecían protección. Intentó dormir, pero se despertaba constantemente. No estaba lloviendo, la noche era fría y tranquila; sus sueños, en cambio, eran intranquilos; con poca convicción, susurró una plegaria: pidió al Dios del silencio que fuera aprobado su trabajo. Se despertó antes de la hora y se sentó sobre unas tablas porque no quería seguir durmiendo, no quería llegar tarde al recuento ni saltarse el desayuno. Hoy no le tocaba ducha, así que se lavó con un poco de agua del cazo y salió en cuanto oyó la sirena.

Cuando regresó a la carpintería, le enseñó el papel de la víspera al vigilante de día, pero éste ya debía de haber recibido instrucciones: ponte a trabajar, rápido —le dijo, pero no le pegó—, es demasiado pronto, ya te avisaré cuando te tengas que presentar al Sturmbannführer. Trabajaba mirando constantemente a «su» violín y la alegría se le mezcló con el miedo de siempre cuando el vigilante consultó el reloj y le ordenó que fuera a presentarlo al comandante. Con el papel le dejaron entrar. Esta vez Él se dignó hablarle en persona, poniéndolo en su sitio con una única palabra:

—*Ja*, el carpinterucho.

Acarició a su perro; inconscientemente, Daniel se enderezó. Era alto, pero el otro le sobrepasaba por lo menos medio palmo. Y además, los presos andaban como encogidos. Lo dejó en la incertidumbre durante unos segundos interminables, mientras examinaba el instrumento.

No parecía de buen humor —pensó Daniel—, unas arrugas le surcaban la frente; seguro que tenía resaca. Aparentemente, no le dio apenas importancia al violín, pero deslizó sobre él el arco y tocó unos compases. La frente se le serenó y sonrió.

—Está bien. Ya puedes volverte al taller ¡y pobre de ti si haraganeas! Me lo quedo por ahora. ¡Lárgate!

Se dirigió al ayudante, pero habló alto con la intención de que el *luthier* le oyese, con una delectación cruel:

—He castigado al violinista por su negligencia. Se lo devolveremos cuando salga de la celda de castigo. ¿Qué haces todavía aquí? ¡Vete!

No se lo hizo repetir dos veces, salió corriendo y casi se cayó. Su acto desesperado de coraje no le había ahorrado el castigo a un gran músico. No osó decir ni una palabra al comandante, que tenía el perro al lado, quién sabe si a punto de azuzárselo. Se volvió, pues, otra vez, desalentado, al banco de carpintero, donde nunca le faltaba trabajo. Se había atrevido a pensar —todavía insuficientemente experto en crueldades— que el Monstruo, satisfecho de que le arreglaran el instrumento de su músico «particular», no castigaría a Bronislaw por un incidente del que no tenía la culpa. ¡Y sin embargo, demasiado sabía él que en el *Dreiflüßelager* no reinaba ninguna lógica! —¡cuanto menos ninguna compasión!

Al menos Eva come sus buenas rebanadas de pan con manteca, pensó para no dejarse llevar por el decaimiento, cansado como estaba y muerto de sueño. Pero inmediatamente volvió al hilo de antes: debería haberse atrevido, le tenía que haber advertido al comandante que la reparación era provisional, que seguramente sería necesaria otra más a fondo: abrir el instrumento, reforzar internamente la unión con unos taquitos. Pero le había sido imposible añadir una palabra; su ánimo se había agotado la víspera; lazos de hielo y de miedo le habían obturado los labios. ¿Qué ocurriría si se reproducía la grieta? ¿Qué les ocurriría al músico y a él? Todo el día estuvo trabajando, ahora ya la jornada completa, once horas y media, sin poder quitarse esa carcoma del pensamiento.

A la hora de la sopa del mediodía habló con su amigo, el mecánico, que le recibió con cara de alivio. ¡Al no haberle visto por la noche sus compañeros de barracón creyeron que le habían vuelto a internar! Y en cambio él, mientras trabajaba absorto en el violín, ni había pensado en su grupo. No es que hubiera olvidado dónde se encontraba, pero lo había dejado todo en el cajón más profundo de su cerebro: todo, las palizas, el barro, la escarcha y la niebla húmeda, la sombra de la horca, los gritos y los insultos. No habían vuelto a subir a la superficie hasta que las palabras de Sauckel lo pescaron, como a un pez viscoso, con el anzuelo hiriente:

—He castigado al violinista...

Y menos mal que no le habían dado una paliza, al menos en público: no les habían hecho formar, pero seguramente le habían pegado sin espectadores, en el subterráneo, como había ocurrido otras veces. Si Bronislaw era maltratado de aquella forma, todos dejarían allí la piel un día u otro. Era preferible encerrarse en sí mismo y tener en cuenta sólo una posibilidad: me volverán a llamar para trabajar en la casa, pronto. He oído que el Cerdo quiere otra estantería. Tal vez la cocinera me pasará algunas sobras. En cualquier caso, al día siguiente era jueves, el único día en que, en lugar del aguachirle de sopa de nabos, comería patatas cocidas. A lo mejor hasta le tocaba una gorda... Como un abrigo demasiado largo que se arrastra por la tierra, así de lentas pasaron las horas de aquel día, que le pareció inacabable, al no haber dormido casi por la noche; más largo que todos los demás, salvo los cuatro que había

estado encerrado en la celda de castigo, como un perro apedreado. Al atardecer había novedades, cuchicheos por todo el barracón. ¡El mecánico traía más noticias! Pero Daniel no quería ni oírlas ni conocerlas, porque se moría de sueño y porque veía en los ojos de sus compañeros que eran malas. Sabía, pues, que le desvelarían; sabía que si no dormía se pondría malo, estaría listo para la «enfermería», para los transportes medio ocultos, para el Campo de la Muerte.

—Mañana —dijo—, mañana.

El murmullo confuso en torno a él le mecía. No había nada que allí, fuera del tiempo, fuera del río de la vida, no pudiera esperar. Estaba —soñó— en una inmensa sala de espera, fría, llena de humo. Llegaban trenes larguísimos al andén, se adivinaban a través de los cristales, trenes con vagones cerrados, de ganado, que no se paraban. Las puertas se abrían, sus amigos eran empujados al andén, pero él permanecía quieto en el banco metálico. Del techo de la sala colgaban cadáveres, colgaban violines. Un tren se detenía, pero el jefe de estación, con gorra de militar y la misma mirada que el invitado de ojos compasivos, le separaba de los demás:

—Tú no —decía—. Éste no es tu tren. Tienes que terminar la viola.

Se acercaba un inspector, blandiendo el látigo, y él quería huir. Alzaba una pierna, pero no podía correr; abría la boca y no podía gritar. La abría más, salía un grito...

—¡Calla! Estás conmigo, gritabas soñando.

—Hiciste bien —Freund hablaba con la boca llena, comiéndose el pan del desayuno— no queriendo saber las noticias, anoche. Tenías el corazón adormecido y te habrían roto el sueño.

—Ya me encuentro mejor; puedes contármelas.

Aquella madrugada el recuento había sido rápido porque no se había producido ningún incidente; eran las seis y cuarto. De modo que, ambos, en la oscuridad, se sentaron en una piedra para que el constructor de violines pudiera escuchar la brutal realidad. Se había salvado por una extraña coincidencia, quizá por decisión de Dios, quizá por su impulsiva decisión de arreglar el violín. Por eso, seguramente, Roscher había puesto aquella cara de decepción, pues el artesano, por su juventud y una salud todavía no totalmente destrozada, era una buena presa para él. Se habían llevado a cuatro, todos jóvenes, para los experimentos de aquel monstruo y uno era de su mismo barracón.

—Ayer no te diste cuenta de que faltaba uno.

—¿Y qué les harán?

El amigo tenía información de buena fuente porque trabajaba en el taller de reparaciones del parque móvil; durante el trabajo escuchaba muchas noticias y el chófer de uno de los Oberstrumführers le había contado a otro, sin circunloquios, los proyectos de Rascher.

Menos mal que estoy sentado, pensó Daniel, ante el horror que se le subía por las piernas como una serpiente surgida del fango. ¿Era verdad? ¿Podía llegar a suceder tamaña vergüenza? Mientras él encolaba la fisura y unía las bellas aguas del violín —pensó, tapándose la boca para no vomitar, para no estallar en insultos—, aquellos hijos de puta sumergían a los secuestrados en una bañera de agua helada, «hasta cuatro grados» precisó Freund, y los mantenían allí hasta que perdían el conocimiento.

—¿Y para qué lo hacen? ¿Qué dicen?

—Los Cerdos dicen que es para aplicar los resultados a los aviadores alemanes salvados de las aguas del Báltico, pero yo no me lo creo, ni nadie en el taller... ni siquiera los Degenerados. Estoy seguro de que lo hacen para hacer sufrir, los cabrones. Se corren de gusto torturando a las personas, los malnacidos, puedes estar bien seguro.

—¿Y no se mueren de frío?

—Algunos; pero ellos dicen que es un tanto por ciento «despreciable». ¿Sabes cómo les hacen volver en sí? Los colocan entre dos mujeres desnudas, prostitutas o presas, para que los calienten; lo llaman prueba de calor animal, los muy degenerados. Miran a ver si se recuperan, lo espían todo y les ponen el termómetro. Sólo entonces los cubren a los tres con una manta, malditos sean. Me ha contado un compañero que estuvo en el otro campo que oyó cómo se reían los cerdos asesinos contándolo, ¡ojalá así revienten de una vez! Pero vamos, que ya es hora. ¡Vamos, levántate, coño! ¡Haz un esfuerzo!

No volvieron a ver a su compañero.

Nunca más.

IV

«¿Quién se atreve a reír por los valles floridos?

¡Frenad, frenad a los caballos desbocados!

(...)

Por escalones de silencio van subiendo gritos de madre y el dorado
perro del alba quiere azúcar de sus huesos.

¡Pero ellos se quedan allá abajo!»

AGUSTÍ BARTRA, *El árbol de fuego*

Informe sobre las medidas de seguridad en el campo de concentración
de Auschwitz. 1944.

El campo de concentración III comprende todos los campos exteriores
existentes en la Alta Silesia, muy lejos unos de otros, al servicio de las
empresas industriales. De momento, consta que todos estos campos
poseen también medidas de seguridad; es decir, están rodeados de
alambradas eléctricas y tienen torres de vigilancia.

*

Para los campos exteriores del campo de concentración III se dispone de
650 cuerpos de vigilancia.

Para salir al paso de esta posibilidad se ha tomado otra medida de
seguridad: la creación de un anillo exterior ocupado por la Wehrmacht.
Dentro de este anillo exterior se halla el campo de trabajo al servicio de
la IG Farbenindustrie, que cuenta en la actualidad con 7.000 presos, y
todas las fábricas de la IG Farben, en las que trabajan, además de
nuestros presos, 15.000 hombres aproximadamente.

El día anterior ya había dejado bien encoladas las dos piezas que
formarían la tapa del violín. Las vetas de aquella hermosa madera de
abeto de Hungría se ajustaban a la perfección. Daniel había tomado la
precaución de calentar ligeramente los bordes para que la cola
impregnara todos los poros. Venía ahora una de las tareas que más le
gustaban, a pesar de su aparente dificultad: trazar la forma exacta que
había de darle. Tenía una idea bien clara en la cabeza y confiaba en que
su ya larga práctica le ayudaría a hacerla realidad, a pesar de las
dificultades.

No pudo reprimir el oler las piezas antes de comenzar a trabajarlas. Al cabo de un buen rato se sentía cansado pero miró con aprobación el resultado de su esfuerzo. El dibujo estaba claro y, pese a su estado de debilidad, las manos no le habían temblado al repasar la plantilla: los contornos eran nítidos, precisos. Quizá había tardado algo más de la cuenta. Descolgó entonces la sierra de mano, colocó la pieza mitad fuera mitad dentro de la tabla; inconscientemente, musitó una plegaria y comenzó a serrar. Para los principiantes suele ser muy difícil guiar con acierto la delicada sierra sin tocar la línea dibujada, dejando un milímetro para pulirlo después, para que los contornos queden netos como los de un papel cortado con guillotina. Pero para Daniel no era complicado. Olvidó todo lo que no fuera aquella línea segura y sinuosa, aquella forma tan bella como el torso de una mujer. Todas sus energías, las que le quedaban, estaban concentradas en su mano derecha; recuperó la antigua facilidad.

Había acabado la primera mitad; como estaba débil, el sudor manaba de su frente. Se lo enjugó con cuidado, para que no le llegase a nublar la vista. La segunda parte del trabajo transcurrió con menos fatiga y a medida que la silueta se ajustaba al dibujo, semejante a la forma ideal que él tenía bien clara en su cerebro, le invadía una especie de bienestar —desconocido desde hacía meses—, un bienestar físico incluso. Las manos tienen memoria, ya lo sabía; siempre se lo habían dicho los instrumentistas que le confiaban violines o violonchelos para reparar, o los que le encargaban una viola nueva y con los que le gustaba conversar y conocer nuevos detalles de su oficio de artistas. También sus dedos de constructor de violines habían conservado el recuerdo del delicado trabajo que se precisaba en su arte.

No, esta vez no se despertó sobresaltado ni le zarandearon en medio de un sueño. Se ocupaba realmente, por las mañanas, en la construcción de un violín. Pero la sirena del rancho, la precipitación de los ebanistas y carpinteros al dejar la tarea y, de golpe, la punzada del hambre en el estómago vinieron a recordarle que no estaba en su obrador. Estaba haciendo un violín en el *lager* por orden del comandante.

Ahora, por la tarde, los talleres interiores estaban cerrados, salvo el de reparación de vehículos; todos los presos válidos iban a trabajar a las fábricas de armas, de planchas de avión y de accesorios de tanques; los bombardeos aliados eran constantes y una parte de los presos apechugaba con la construcción de galerías subterráneas para una nueva fábrica de armamento. Daniel estaba destinado en la nave de IG Farben, una de las muchas que explotaban la mano de obra esclava. Su amigo el mecánico, en cambio, continuaba todo el día en el taller, relativamente bien visto por los *führers* y chóferes por su excepcional destreza y su buen ojo.

Así pues, salió de la carpintería tras sus compañeros de trabajo; siempre tenía la misma impresión: en cuanto dejaba el obrador, donde había vuelto a recuperar la sensación de estar vivo, era como si penetrara despierto en la gran pesadilla, en los tentáculos viscosos del

monstruo. En lugar de turbarlo por las noches, la pesadilla empezaba al mediodía; y entonces se esfumaba la relativa tranquilidad conseguida, una especie de nudo le volvía a oprimir el pecho y le resultaba tan absurdo «su» violín como un rosál en una pocilga. Un violín en el Campo de los Tres Ríos, un violín para sobrevivir. Probablemente.

Se había acostumbrado, poco a poco, a no sorprenderse ya por ningún acontecimiento inesperado, casi siempre nefasto. Podía pasar de todo: que tuvieran que estrecharse todavía más en la barraca porque encajaban a la fuerza un par de literas más para recibir gente nueva, algunos rusos; que los privasen de la cena con el pretexto de que el día anterior no habían rendido lo suficiente en la fábrica; o que, por el contrario, les añadiesen en la sopa de nabos una zanahoria cruda por consejo del nuevo médico —a Rascher lo habían ascendido—; que una mañana, que solía ser los martes o los viernes, les tuvieran formados, inmóviles, entumecidos de frío, para presenciar la ejecución en la horca de un preso «subversivo» acusado de comunista o de espía, en la Apellplatz, cerca de donde le habían azotado a él.

Aunque todo le llegaba a parecer igualmente ilógico e igualmente cotidiano, se sorprendió cuando le anunciaron, de un día para otro, que tenía que fabricar un violín, «tan bien hecho como si fuera un Stradivarius», le recalcó el Unterstrumführer; y todavía más cuando le proporcionaron un montón de herramientas, maderas y piezas para que escogiera las que necesitara. Pensó que debían de haberlas confiscado en el taller de algún *luthier* judío, quizá alemán, quién sabe si ya muerto, asesinado. Pero no reconoció entre aquellos materiales ninguno procedente de su propio taller en Cracovia. Era una orden directa del Sturmbannführer —le informaron— y le negaron el permiso para hacer pregunta alguna, a pesar de que había osado pedírselo al teniente segundo que le transmitió la orden, siguiendo estrictamente el reglamento:

—El número... 389 pide respetuosamente permiso para hacer una pregunta —pronunció estas palabras tras haber saludado en posición de firmes.

—Denegado.

Menos mal que ningún golpe acompañó la palabra cortante. Únicamente el brazo extendido le señaló la puerta de la carpintería; y a fe que no le costó ni tres segundos obedecer la orden. Dispondría de una parte del taller para él solo.

Trabajaba en silencio, vigilado de cerca por el *kapo* ucraniano, sin atreverse a preguntar nada, evitando incluso hacerse preguntas él mismo y comentar su trabajo con los compañeros para no ser mal visto. Al comandante no lo había vuelto a ver por el taller. Pensaba que quizá más adelante podría averiguar alguna cosa más sobre aquel trabajo. En los primeros días había avanzado poco porque primero tuvo que ordenar y escoger el montón de material confiscado, que venía envuelto

en virutas. Y también porque estaba acostumbrado a sus cuchillas de *luthier*, a sus propias gubias y garlopas, a sus cepillos, a todas aquellas herramientas que se habían como desposado con la forma de sus manos, que resplandecían de puro limpias en los bajos de su casa donde tenía el obrador. ¿Dónde estaba aquella quietud, el orden acogedor de su taller, las hileras de violines pendientes del techo, el calor conocido, la voz de su madre que canturreaba arriba, siempre trajinando —la madre muerta de tuberculosis y de hambre en el gueto—?

No le habían admitido la posibilidad de preguntar cuánto tiempo le concedían para acabarlo sin castigo. Pero al cabo de algunas mañanas observó que le dejaban bastante tranquilo, que el guardián no le pegaba ni volvía Rascher, que no se repitió el internamiento en la celda. Sólo una mañana se reprodujeron los azotes, porque los compartieron todos los de su barracón —habían encontrado dos manzanas escondidas—; pero después los enviaron a trabajar. Pese a todo, trabajaba con más confianza y su día ahora quedaba partido en dos como con la hoja de una espada. Por las mañanas, si el recuento había pasado sin ningún «accidente» notable, si los perros no habían mordido las piernas de ningún preso por culpa de un movimiento inocente o sospechoso, si únicamente habían existido los gritos insultantes de la rutina diaria, no le costaba quedar enseguida absorto en el trabajo ni arrumbar en el fondo del desván de su cerebro toda la rabia y la bruma que le envolvía. En ocasiones, le venía a los labios, donde moría sin apenas voz, un fragmento de melodía, un retazo de las viejas plegarias arrinconadas en los pliegues de la memoria: «*Yevarehehá Adonai*» ...

Esta mañana —pensaba mientras guardaba la cola para la sopa del mediodía—, hoy, en el rato en que preparaba la tapa armónica, pese a alguna punzada en el estómago, casi he llegado a ser feliz. Sin embargo, como a la mayor parte de los internos, el hambre le suscitaba en aquella hora una mezcla de recuerdos y fantasías relacionados con las viejas comidas. Si había que esperar más de la cuenta, le venía a la memoria la visión de una mesa bien preparada, con la excelente comida *kosher*^{*} que su madre cocinaba tan bien. O, mejor todavía, la cena de las dos vísperas de Pascua, con los familiares, tíos y primos, el cesto con el tarrito del *haroset*, las briznas de hierbas amargas que ahora habría encontrado buenísimas, el pan sin levadura, los huevos cocidos, la blancura del paño de seda, rayado de azul, que los cubría... ¿Qué no daría hoy por comerse un huevo cocido? ¿O más aún, una tajada de carne de cordero? Recordaba el gusto del *matzaht*, el pan sin levadura, la alegría de descubrir en él la sorpresa escondida que comportaba un premio para el que la encontraba. No quería pensar en las canciones ni en los tres brindis. Se conformaría de sobra con una cucharada de *sciolet*, aquella media fuente de arroz, huevos, judías secas y oca cocida durante toda una noche en el horno de la comunidad que de chaval había ido a buscar más de una vez.

Todo se desvaneció brutalmente ante la sopa, la de cada día, excepto los jueves, que tenía más patatas. Ya lo sabía: vendría la tarde y cinco o seis horas de trabajo en la fábrica, sin nada más que la sopa aguada, le

llevarían al borde del agotamiento y a una desesperanza sorda y con frecuencia al pensamiento de que al día siguiente no tendría aliento para levantarse. De esta forma su día era como uno de esos rostros de quienes han sufrido un accidente, hermosos por un lado y quemados o llenos de cicatrices por el otro.

No siempre, sin embargo, podía emplear toda la mañana en el violín: a veces le llevaban algún instrumento para arreglar, porque los Enemigos, aunque parezca extraño, habían organizado una pequeña orquesta en aquel campo, como en otros. También había pasado mucho tiempo, al principio, seleccionando y ordenando cuidadosamente todo lo que necesitaba, porque la mañana en que recibió los materiales le habían mandado que colocara aparte las piezas que no le hacían falta. Sospechaba que las querían aprovechar para venderlas. De todas formas, se aseguró de que le quedasen piezas y maderas sobrantes por si se le estropeaba alguna y para futuras reparaciones. Halló unas cuantas, pocas, ya preparadas, en bella madera de abeto y de arce, algunos botones de ébano. Reservó dos arcos, uno para arreglarlo y otro nuevo sin estrenar, cuerdas entorchadas y madera de sicomoro y de ébano para el fileteado. Se quedó con una buena cantidad de tiras, cortadas ya para los aros, todas las herramientas —¡no le iba a sobrar ninguna!— y tres almas ya hechas; valía más que le sobrasen, le iban a ahorrar trabajo. Los botes y cajas con gomas, colas, líquidos y granulados le dieron mucho quehacer, pero quedaban muy bien, todos alineados y con su nombre visible. Al final se encontró con que la madera y las piezas sobrantes eran más bien pocas, pero, por suerte, nadie le hizo reproche alguno. Consideró que todo procedía del taller de un excelente artesano.

El día en que dejó la tapa armónica preparada, a punto ya para afinarla, le costó mucho concentrarse en el trabajo más aburrido de la fábrica; su instrumento comenzaba a obsesionarle, y era natural. Pero no podía descuidarse, tanto para evitar equivocarse como para seguir el ritmo sin interferir ni apremiar el trabajo de su sección. El *kapo*, un preso ucraniano también, no era de los más crueles, pero, por lo que le iba en ello, exigía una cuota marcada con todo rigor. De vez en cuando se presentaba el Monstruo en persona u otro comandante y estas visitas no solían traer consigo ningún buen resultado, hasta el punto de que una tarde acabó con la muerte de un supuesto saboteador. Siempre había sospechado que a aquel ajustador contestatario lo había denunciado algún preso de la misma sección, porque si no ¿cómo habían ido directamente a por él? Y no quisieron la vergüenza de una ejecución pública, tal vez para no descubrir al delator: el comandante le echó una bronca, gritó una orden a sus dos acompañantes, que arrastraron al preso fuera, y ya no lo volvieron a ver más. En otros casos, cuando no habían logrado cumplir la tarea, al día siguiente los conducían al trabajo media hora antes y les suprimían la comida. Así que trabajó en firme toda la tarde, cuidando siempre de no estropearse las manos, y se obligó a no pensar hasta la noche en su tan querido violín.

Al día siguiente cayó en la cuenta por primera vez —tan absorto había estado en su quehacer todo aquel tiempo— de que el día se había alargado mucho, que ya no hacía tanto frío ni estaba oscuro cuando formaban para el recuento. No, ahora la claridad revelaba ya desde el inicio del nuevo día las escandalosas marcas de su larga esclavitud: veía los rostros demacrados en las filas, las sombras violáceas bajo los ojos, las ropas viejas con los rectángulos de colores ominosos, el amarillo sobre todo, las señales de los golpes y las cicatrices en algunas caras. ¿Acaso había perdido la cuenta del tiempo? Los días eran como años y los meses como días; todo se enturbiaba como en una película borrosa.

Pero nada se detenía fuera del campo, fuera de aquella isla de un monstruoso archipiélago. Sintió una bocanada de aire no tan frío, más benigno, como una única caricia en el país del odio. A su antigua calle, en Cracovia, ya no deberían tardar en llegar las golondrinas. La primavera —se dijo— florecerá más que nunca. Florecerá sobre los cuerpos de miles de muertos.

No era un pensamiento muy reconfortante, pero era la verdad. Encontró el café más amargo, la rebanada de pan más pequeña y mezquina, como si aquella reflexión le hubiera quitado peso. Al cabo de unos minutos miró al cielo —no se había preocupado antes porque siempre lo encontraba cubierto de nubes o de niebla— y descubrió en él grandes espacios azules. Sintió un bastonazo en la espalda porque se había parado en la fila que se dirigía hacia donde estaban los talleres. Sí, volvió a pensar ahogando un grito, la primavera se acerca. Florecerá sobre el abono de nuestros muertos.

Todavía con este pensamiento y con la espalda resentida cruzó la puerta de la carpintería; pero se sobrepuso y enseguida comenzó a pulir por última vez los cantos del violín. Olió la madera, cogió el molde matriz que ya tenía a punto como soporte de la tapa y, olvidado ya de todo, comenzó a rebajar con la gubia el interior con el arte del más sutil de los poetas. El golpe, el pensamiento de la muerte, la perspectiva de las largas horas en la fábrica, todo se desvaneció, como si el olor de la madera fuera un viento que se llevase las nubes negras y amenazadoras. El guarda estaba almorzando; podía parar un momento sin peligro. Colocó a su alcance los minúsculos cepillos, de tres medidas distintas, esperando el momento en que le hicieran falta para lograr los delicados gruesos finales. Tras pensarlo mucho, había decidido dejar la parte central de la tapa en cuatro milímetros y medio de fina. Él las solía hacer de cinco, pero le habían ordenado fabricar un instrumento «como los Stradivarius»; así que dejaría los bordes de tres milímetros. En sus condiciones de trabajo no podía arriesgarse a hacerlos todavía más delgados. De esta forma el sonido quedaría ya pleno, según la vieja escuela de Matthaeus Dobrucký, de Cracovia, como él. No podía soportar los violines ni las violas de paredes demasiado gruesas, de sonido apagado. La gubia se movía con seguridad, sacando los bocados siempre en la dirección de las fibras de la madera, como le había enseñado su padre —que la paz le acoja—: no se levantaba ni una mínima astilla, estaría bueno. ¡Conocía el oficio desde los catorce años!

El día era más claro cada vez y, por el trabajo que había llevado a cabo, calculó que se acercaba ya el mediodía. Se detuvo un momento, tomó la medida de nuevo y se alegró de su precisión. Había llegado ya a seis milímetros. Ahora debía comenzar con el cepillo pequeño, que facilitaba mucho la tarea y con el que nunca había tenido problemas en el desbastado de los rebordes.

Oyó el ruido de la puerta, que se abría bruscamente, pero no volvió la cabeza. Fuera quienes fuesen los inspectores o los visitantes, tenían que encontrarle trabajando. Continuaban también, muy cerca de él, el ruido de los cepillos, el olor de las virutas, algún golpe de martillo.

Sin querer, se paró en seco. No alzó los ojos, ni hacía falta. Señor, que no me quede paralizado, que no lo eche todo a perder. Por encima del ruido ordinario del taller, que le acompañaba sin estorbarle, había reconocido dos voces, inconfundibles, marcadas en su oído por el miedo como el hierro candente graba la piel. La más fuerte y ronca era la de Sauckel. La otra era la de Rascher.

Le pareció que todo el mundo tenía que oír los latidos de su corazón, pero su cerebro trabajó deprisa. Todavía estaban lejos de su sección, un poco apartada. Dejó con cuidado la tapa sobre la mesa en la que hacía los trabajos más finos y se dirigió al banco de carpintero; cogió el trozo de madera de arce, que ya tenía cortado a la medida para hacer el mástil. Dirigió una mirada de aprobación al flameado de las hermosas aguas, que corrían de arriba abajo, y comenzó a rebajar un costado con el cepillo. Esto, había pensado en un relámpago, lo puedo hacer casi a ciegas, lo puedo hacer con los fríos ojos de Rascher clavados sobre mí. El rítmico vaivén del cepillo tranquilizó su miedo; ya los tenía delante.

—¿Cómo va el violín?

Sintió con sorpresa que la voz del comandante no tenía tono de burla ni de insulto. ¡Parecía que hablaba con la curiosidad natural de un cliente! Pudo responder sin temblar:

—Va bien, sin ningún problema, señor.

Lo dijo sin detener el trabajo, porque nunca se podía estar seguro de la reacción; a veces le habían golpeado por no cuadrarse cuando le dirigían la palabra y alguna vez que lo había hecho también le habían dado por dejar de trabajar. Pero ahora no había llovido golpe alguno y, mientras seguía cepillando, los veía de reojo plantados delante de él. Miraron con curiosidad cómo cogía la escuadra y la regla y comprobaba exactamente las medidas y parecían satisfechos de cómo quedaban a la vista las aguas de la madera. ¿No se irían nunca, los muy degenerados? Como era rápido trabajando, ahora le tocaba coger la plantilla para repasar el dibujo: el perfil del mástil, la forma redondeada de la cabeza, todo lo que había que marcar, incluso, con el punteado, la espiral de la caracola, de voluta elegante. No podría hacerlo tranquilo con aquellos cuatro ojos encima de sus manos —que todavía

conservaban la fuerza—. Finalmente, oyó que se alejaban y una sensación de alivio casi violenta le recorrió todo el cuerpo, como cuando la fiebre abandona a un enfermo. Con una incontenible relajación de la tensión, dejó de golpe el mástil sobre el banco y se pasó la mano por la frente empapada.

Fue al dar los dos pasos que le separaban de la mesa cuando se dio cuenta del enorme miedo que había pasado, porque las piernas se le trababan; y se pasó la lengua sobre unos labios reseca, igual que la garganta. Se apoyó un momento en la mesa, respiró a fondo. No quiso pedir permiso para salir porque se exponía a encontrarse con la pareja de visitantes. Su visita se le había hecho tan larga que pensó que ya estaría a punto de sonar la sirena. Había que volver al tajo, no era cosa de atraer la atención del guardia descansando demasiado tiempo —unos minutos.

Dentro de lo que cabe, juzgó, la visita no ha tenido ninguna mala consecuencia, no han castigado ni pegado a nadie en mi taller. Ya más sereno, cogió el compás y la cinta milimetrada para medir el grosor del reborde y siguió trabajando, ahora ya con el cepillo más pequeño. ¡Suerte que su padre —bendito sea su recuerdo— le había enseñado tan bien el oficio! Apreció con satisfacción el resultado de su trabajo aquel día tan accidentado. La mañana siguiente comenzaría por reforzar con cuñas, finas como la punta de una uña, la unión de las dos piezas y puliría todo el interior con un papel de lija, de forma que los bordes quedaran bien redondeados.

Pasó la mano por la suave curva que había quedado en la parte interior de la tapa, porque se fiaba tanto de su tacto como del compás y nunca había creído que ninguna herramienta fuera más precisa que sus dedos. Observó con prevención justificada que, con el trabajo de la fábrica, había disminuido su sensibilidad y que se anunciaban en ellos unas durezas diferentes, inquietantes.

Aun así, no se desanimó y la sirena que anunciaba el fin del trabajo le sorprendió mientras acariciaba los dos perfiles de la tapa, tal como había abrazado a Eva con desesperación en los días de las incursiones en el gueto.

El resultado de la inspección no había sido tan benigno para todos los talleres; se dio cuenta enseguida al ver cómo dos *kapos* iban detrás de los *führers* con un hombre en medio y lo encerraban en una de las celdas oscuras, entre un silencio extraño, salpicado únicamente de murmullos medrosos. La expedición no podía terminar sin que sus héroes hubieran capturado, como los que cazan con liga, una presa u otra.

V

«Ay, a nuestros músicos les han cortado las manos, a nuestros cantantes les han clausurado la boca con barrotes de hierro.

»El violín de dulce voz yace por tierra como una cuna inmóvil que tenía que mecer al recién nacido —y lo han matado antes de venir al mundo.»

YANNIS RITSOS, *Mensajeros*

Relación de ropas y otros objetos entregados por los campos de concentración de Lublin y Auschwitz (fragmento)

1. En el Ministerio de Economía del Reich

Ropas usadas de hombre (sin contar la ropa blanca)	97.000 piezas
Ropas usadas de mujer (ídem)	76.000 piezas
Ropa interior de seda de mujer	89.000 piezas
Total en vagones	34 vagones
Trapos: 400 vagones, es decir,	2.700.000 kilos
Plumas de edredón: 130 vagones	270.000 kilos
Cabello de mujer: 1 vagón	3.000 kilos
Materiales viejos: 5 vagones	
Suma total	2.973.000 kilos
	536 vagones
Total en vagones	570 vagones

Un nuevo *kapo*, más venal, le pasó bajo cuerda el frasco de pomada que —confiaba en ello— le curaría las manos. Para poder ofrecerle un pequeño soborno, había ahorrado, uno a uno, los cigarros que le daba Freund, conseguidos con cierta abundancia de manos de los chóferes del taller. Justamente hacía un par de semanas de la última visita del comandante y de Rascher; y aquel día que estaba muriendo tan lentamente hubo una revisión general de presos, seguramente a consecuencia de las órdenes transmitidas desde más arriba por el médico de ojos fríos. Los *führers* que mandaban con diversas graduaciones en el campo, los Cerdos, como siempre los llamaba Freund, la habían bautizado con el nombre de «limpieza de primavera»,

quizá porque el invierno ya les había ahorrado una buena parte del trabajo.

Mientras se untaba las manos con abundante crema, una vez ya en el camastro, Daniel se sintió afortunado por haber salido bien de la revisión, que esta vez no se limitó a un vistazo desganado, como antes de los castigos corporales. De todas formas, al ser el campo pequeño, lo habían resuelto todo el mismo día. Desnudo como un conejo había sido pesado, auscultado, palpado sin miramientos, obligado a hacer flexiones, como todos los demás, y finalmente considerado todavía apto para el trabajo, no para el matadero —para el campo de la muerte y de la humareda negra—. Los «sanos» fueron recluidos en los barracones antes de hora. Por la noche, despierto hasta tarde, mientras los compañeros parecían dormir, o lo fingían para no tener que conversar, que comentar el horror de la selección, oyó con toda claridad el ruido de los camiones, que volvían demasiado pronto. O sea, pensó, que no los han llevado a ningún otro *lager*, no habían tenido tiempo de ir y volver a Auschwitz-Birkenau. Deben de estar ya muertos y enterrados, desnudos y sin mortaja, sin despedida, a estas horas, aquí al lado, en cualquier claro del bosque, junto al Campo de los Tres Ríos. Los gritos desesperados y ahogados que atravesaron durante la noche las delgadas paredes de madera revelaban que muy pocos se habían tragado la escandalosa mentira de que los llevaban a un hospital —aunque les habían hecho vestirse—. Habría querido rezar por ellos la plegaria de los muertos, pero no podía, porque al ver a los niños seleccionados para la muerte, el mundo entero se le había paralizado. Despertó a su amigo.

—Escucha, ¿no has oído ruido de motores? Son los camiones, ¿no?

Sí, eran los camiones, le confirmó, totalmente desvelado.

—¡No han ido muy lejos! No, no me has despertado, no estaba durmiendo. No los han matado a tiros —continuó— los hijos de puta, asesinos. Yo ya sospechaba cómo iban a hacerlo, porque me fijé en dos camiones Saurers con los frenos rotos, malditos sean todos y yo también, que me obligaron a ayudar en la reparación, ¡criminales de mierda!

Una especie de sollozo ahogado le cortó la voz.

No necesitó más aclaración. Tampoco había palabras de consuelo para su amigo; por lo tanto, los dos decidieron callarse. Era verdad, pues, el rumor que había corrido por el campo sobre los camiones de la muerte, el rumor que nadie sabía de dónde había salido y que se había extendido, como las epidemias, entre los presos. Por eso se averiaban tan pronto aquellos vehículos, porque salían de la carretera general y transitaban por caminos malos y llenos de barro, sin descargar para evitar tumultos e intentos de fuga. Escondidos dentro, como en una ratonera mortal, los enfermos se curaban rápidamente, aspirando el gas del motor diésel cuando el conductor, pagado luego con una doble dosis

de alcohol, apretaba la palanca; hasta los niños eran liberados de su infancia de este modo, con un golpe de aquella trampa insidiosa. Pensando en todo esto, Daniel se habría mordido los puños de rabia, pero ni siquiera podía permitirse aquel gesto inútil si quería sobrevivir.

Tenía la sensación de que acababa de coger el sueño justo cuando la sirena anunció que, a pesar de todo, comenzaba un nuevo día. Aquella mañana el recuento fue más breve, y entre ellos algunos contaron sus muertos. Con las guedejas de la niebla que el sol, desvergonzado, desvanecía, parecía que el viento se llevaba hacia la nada el nombre de los asesinados.

Pero no todos los habían olvidado; la implacable organización que los aprisionaba y los diezmaba, sin enmohecer todavía, ya los había contabilizado y llegaron a la intendencia del campo las órdenes oportunas. Así pues, pudieron constatarlo, no hubo ni una rebanada suplementaria de pan, ni el denominado café fue más espeso que un pensamiento. Las listas se rehacían rápidamente, en espera de que nuevos desdichados vinieran a llenar los huecos en las literas, en el taller y en el recuento. No vendrían, sin embargo, todos los esperados: ya se sabía en el *lager* que muchos habían escogido el camino de la rebelión y la muerte, resistiendo en el gueto de Varsovia.

Freund, maldiciendo en voz baja, regresó al taller de reparaciones, donde seguramente tendría más trabajo que de costumbre. Había que ponerse a la faena con la misma sensación de vacío en el estómago que cada día, y con un poso añadido de amargura. El *luthier* entró en el taller completamente desanimado; faltaba allí para siempre el mejor de sus compañeros, un carpintero que venía tosiendo desde hacía algunos días. Ni siquiera viendo «sus» herramientas, ni mirando su quehacer ya muy avanzado, conseguía liberarse de esa especie de opresión que le anudaba el pecho. Le parecía que sus brazos tenían menos fuerza, que sus manos eran más lentas. Tengo que borrar el recuerdo de ayer, pensó, no puedo dedicar tiempo a la memoria de los que ya no existen si no quiero ir a hacerles compañía bajo los abedules. Muy lentamente, con los movimientos acostumbrados, recuperó un poco de serenidad, ayudado por el agradable olor de la madera, y fue aflojándosele el asfixiante nudo del recuerdo. El esfuerzo de hacer las treinta flexiones del día anterior, no extraordinario pero sí importante para su cuerpo debilitado, le había dejado huella, las rodillas todavía le dolían; en cambio, tenía las manos más finas. La pomada le surtía efecto, pensó; los últimos días un frío imprevisto, ráfagas de viento de Rusia, junto con los largos recuentos, le habían dejado las manos muy cortadas. Hoy las tenía mejor, y bien que le hacía falta. Ahora subsistía con una esperanza fundamentada: seguramente, le dejarían vivir hasta que acabase el instrumento; había averiguado que el comandante coleccionaba violines y no lo enviaría a la cantera con aquél a medio construir, un violín de artesanía, una rareza hecha en el campo que halagaría su vanidad. ¡Y sin embargo, su amigo, que parecía imprescindible, había estado una semana entera internado porque se le había roto un instrumento!

Trabajaba a su aire, cuidando de hacerlo al mismo ritmo al que estaba acostumbrado en su obrador de Cracovia, en los años felices. Era un milagro que hubiera podido acabar ya el mástil, que le había quedado precioso, y la tapa, a la que hoy estaba añadiendo la barra armónica con toda precisión y cuidado. La quería dejar puesta por la mañana, para quedarse tranquilo aquella tarde de domingo, y lavarse algo de ropa: era el único descanso que tenían en toda la semana. Comprobó las vetas del listón de abeto y colocó la barra de forma que coincidiesen exactamente con las de la tapa; probó su posición, algo decantada para que siguiera la dirección que tendrían las cuerdas graves. Miró el resultado a contraluz para asegurarse de que se ajustaban perfectamente con la curva interior del fondo. Ahora sabía con exactitud cómo encolarla y en qué punto debía hacer mayor presión. Tenía ya dispuestas las pinzas de madera, forradas con fieltro, para ajustar la pieza una vez encolada. Con las cinco pinzas puestas, se concedió un descanso porque era preciso esperar a que la cola se secara; había quitado la que sobraba y no podía empezar ya tan tarde una pieza nueva. El vigilante, que no le había ahorrado golpes durante las primeras semanas, solía dejarlo ahora en paz y ya no le insultaba, satisfecho con aquel preso que trabajaba en silencio, que no pedía prácticamente nada, ni permiso para ir a las letrinas, y que no le causaba problemas ni murmuraba con los otros carpinteros. Aun así, era preferible no exponerse y, para disimular, no retiró las manos de la tapa, sin apretarla apenas pero haciendo como si fuera necesario sostenerla, sentándose en la banqueta que él mismo se había fabricado.

No quería recordar la terrible selección del día anterior. Condujo su recuerdo, como si fuera una dócil herramienta, hacia su Regina, aquella muñeca de ojos azules que había tenido tantas veces en sus brazos, cuando eran fuertes y la lanzaban al aire y la recogían al compás de sus risas felices. Le consolaba pensar que se hallaba segura, protegida, aunque no había vuelto a tener noticias de ella; no podía exponerse intentando comunicar con él. Su prima, de ascendencia casi aria, tenía dos hijos adolescentes y todos debían de complacer a la pequeña. Recordaba que el abuelo de la casa era apicultor y cultivaba una huerta, por lo que no les debía de faltar la comida. A estas alturas ya le habrían desaparecido las ojeras profundas y moradas que el hambre había trazado en sus mejillas.

Era bueno no detenerse en los muertos, pensar en Regina y también en Eva, a salvo en la fábrica de Tisch. Era bueno que su trabajo todavía lograra tranquilizarlo, pese a que con el paso de los días notaba un creciente debilitamiento de sus fuerzas. Hoy respiraba con mayor facilidad. Agradecía la caricia del sol que entraba por la ventana sin cristales en la que había enganchado una hoja grande de papel transparente. Veía a lo lejos al guardián, que no le estaba mirando, comiéndose un puñado de frutos secos que debía de haber conseguido en alguna parte para entretener el hambre hasta la hora de la cena. Le envidió aquellas avellanas que roía ruidosamente, como para ponerles los dientes largos, pero al mismo tiempo las bendijo porque les

procuraban unos momentos de descanso y de tranquilidad que no era el único en aprovechar.

Y tuvo suerte, ciertamente. El carpintero que trabajaba más cerca de él se le acercó al cabo de un instante y lo despertó con disimulo. No le había pasado nunca hasta aquella mañana, pero por la noche había descansado poco, tras la llegada de los camiones, y andaba tan falto de sueño que ahora se había quedado dormido, la cabeza sobre la mesa, junto al violín. Suerte que nadie más se había dado cuenta, que ningún compañero le había denunciado al *kapo* para hacer méritos, como a veces había ocurrido.

No ha de volver a sucederme más, esto de quedarme dormido, se propuso. Desde hacía algunos días tenía la fuerte impresión de que todo lo que le pasaba le estaba ocurriendo como en un juego; se lo contó a Bronislaw, el violinista, con el que había entablado amistad desde que intentó salvarlo del castigo, como si ambos no estuvieran igualmente indefensos, igualmente desarmados. El artista, a pesar de su arresto, se había librado de los azotes y de la «limpieza de primavera», pero lo habían destinado a trabajar todo el día en la cocina cuando el comandante no reclamaba su presencia y la actuación del trío o de la orquesta. Cuando estaba con los Enemigos, su fino oído de músico captaba todos los retazos de conversación que podía.

Los dos le debían la vida, le dijo, al invitado de los ojos compasivos, un amigo de Tisch que se llamaba Schlinder y era un *goy* muy bueno. Pero ahora estaba fuera, no había vuelto más, tenía la fábrica lejos; y en cambio Rascher, a pesar de estar en otro *lager*, era un visitante más asiduo e inquietante. Se envanecía de que el mismísimo Gran Cerdo, Himmler, el Reichführer de las SS, le había felicitado por sus infectos experimentos sobre presos congelados.

Estaba muy claro.

—Cuida al máximo que el violín te quede perfecto. ¡Sé que lo harás! Creo que Sauckel está muy interesado en que resulte bien, porque ya antes coleccionaba instrumentos musicales. ¡Me imagino cuántos debe de haber robado! Pero con respecto al tuyo, sé que se ha jugado con Rascher, el loco, una caja de vino de Borgoña.

—¿Lo has entendido bien?

—No todos los detalles, porque ya sabes que no permiten que nos aproximemos, pero he podido deducir que si lo acabas en un plazo que desconozco, que ellos han convenido, y si suena bien, el médico tendrá que pagar al Tirano una caja de vino de Borgoña.

Calló unos instantes y continuó, resistiéndose, como con disgusto:

—Lo malo es que al asesino de Rascher, en cambio, el vino no le gusta nada. Tiene bastante con la cerveza.

—¿Qué quieres decir con eso?

Bronislaw no lo sabía a ciencia cierta, pero lo sospechaba por lo que había podido oír. Tuvo que arrancarle las palabras con las tenazas de su insistencia desesperada. El médico criminal no quería cosas, sino personas, cuerpos, ya lo había demostrado. Temía que su apuesta fuera el propio *luthier*. Una caja de vino contra Daniel, trasladado al campo en el que trabajaba Rascher ahora.

Bien mirado, desde el punto de vista de los Cerdos, era un precio alto por un *Untermenschen* —un infrahumano.

VI

«El sufrimiento se parece a un gran espacio: no podría recordar cómo comienza ni si ha existido un solo día sin él.»

EMILY DICKINSON

Escrito dirigido a Himmler sobre el aprovechamiento de los dientes de oro de los presos muertos. 1942.

Oficina Central de Administración y Economía

Libro del día n.º 892/42 secr.

Al Reichführer de las SS

Reichführer!

Las piezas dentales de oro de los prisioneros muertos serán entregadas en la oficina de Sanidad según ha ordenado usted. Se podrán aprovechar para las operaciones dentarias de nuestros hombres.

El SS-Oberführer Blaschke dispone ya de una cantidad de cincuenta kilos de oro, es decir, de los efectivos en metal noble necesarios para los próximos cinco años.

Solicito que a partir de ahora podamos depositar en el Banco del Reich el oro de las piezas dentales procedentes de las bajas de los diversos campos de concentración, tras su autorización.

Heil Hitler!

FRANK

SS-Brigadenführer y General Mayor de las Waffen-SS

Fragmento de declaración del proceso IG Farben, en Nuremberg.

Eran terribles los ultrajes que los *kapos* infligían a los presos. Se comportaban de forma inhumana. Fui informado por Walter Dürrfeld o por el ingeniero Faust de que se disparó a algunos presos cuando intentaban huir.

Yo sabía que los presos no recibían paga alguna. Hacia 1943 la IG Farben introdujo un sistema de premios a los prisioneros para darles la

posibilidad de que se compraran algo en la cantina y elevar así su productividad.

El pago total a los presos en dos años y medio se elevó a veinte millones de marcos, entregados a las SS.

Por unos momentos, Daniel se quedó mudo, paralizado, tratando de entender el sentido de las palabras que, a regañadientes y con disgusto, habían salido de la boca del músico. Tragó saliva, como aquel que tiene que ingerir una medicina amarga de golpe.

—¡No me llevarán vivo!

Le salió un grito que hizo volver la cabeza a algunos presos. Y antes de que pudiera repetirlo y cayera por allí algún *kapo*, el violinista le tapó la boca, primero, y luego le abrazó dejando que su amigo hundiese la cabeza entre la tela deshilachada de su chaqueta de preso. El muchacho había soportado demasiado durante aquellos meses y Bronislaw pensaba que únicamente un grito más fuerte, un alarido salvaje, le habría podido calmar del todo. Pero el clamor no podía salir y era bueno que la angustia se fuera mitigando poco a poco entre unos brazos amigos, apartada de las miradas de menosprecio o dispuestas a aumentarla.

Al cabo de unos breves instantes, que a los dos les parecieron interminables, Daniel se deshizo con esfuerzo del abrazo con los ojos secos y el amigo le habló con suavidad, paseando para que el movimiento le ayudara a tranquilizarse.

—No irás allí de ninguna manera. Escúchame bien, ahora las fábricas no quieren perder brazos. Las cosas empiezan a irles mal a los Asesinos degenerados. Saldrás de ésta, sabes hacerlo. Conozco tu trayectoria por el viola solista de mi antigua orquesta: habías trabajado para él.

Bronislaw hablaba con convencimiento, el temor de Daniel se fue aquietando y, sobre todo, volvía a creerle. No le quedaba otro remedio.

—¡Tu violín tendrá el sonido más hermoso que se puede desear y yo me encargaré de tocarlo! Tenemos que conseguirlo y lo lograremos.

La voz del amigo le curaba el terror como un ungüento sobre una herida abierta. Ya más serenos, hablaron de este asunto de una forma casi objetiva; la dificultad no estaba en la calidad del trabajo; éste no le daba el más mínimo miedo. El problema, convinieron ambos, estaba en que no sabían cuál era el plazo.

Y nadie podía aclarárselo o hacérselo saber, porque el músico no podía preguntar nada ni demostrar —¡ante todo, no dejarlo entrever!— que conocía la infamante apuesta. Las consecuencias podían ser terribles y él, lo reconocía, no tenía valor para afrontarlas.

Dentro de lo posible, en el imperio del terror, estaba casi seguro de una cosa: hasta que el violín estuviera acabado, dejarían vivir al *luthier* en el *Drezflüßelager*, no lo llevarían a Auschwitz ni a Plaszow; le dejarían trabajar cada mañana en su oficio. Siendo tan pocos, no eran muchos los que tenían tanta suerte. Acordaron que no lo comentarían con nadie más, ni siquiera con el mecánico, tan buen amigo como boquirroto, ni con los otros dos músicos. Bronislaw le recomendó que, aunque lo encontrara difícil, no se afanara en exceso; sería mucho peor que se hiriera las manos o se le estropeara el instrumento: que por cualquier defecto no tuviese la sonoridad precisa; entonces sí que perdería bueyes y carretas. Él estaba convencido de que si salía bien, como cabía esperar, el comandante por nada del mundo entregaría a Daniel al médico; había otros muchos campos, otras muchas víctimas; al fin y al cabo, en su *lager* el amo era él.

Tenía un grado más que Rascher —continuó el músico—, lo había averiguado escuchando cómo los saludaban; y no le gustaban nada las interferencias en su autoridad. Había además otro factor que reafirmaba al muchacho, y era que el doctor no entendía ni pizca de violines, mientras que Sauckel sí; y era lo suficientemente astuto como para haber fijado un plazo que no resultara sospechoso y que, en cambio, le asegurara la ganancia de una caja de vino de Borgoña. ¡Podía estar seguro!

—Y tú, ¿cómo te las arreglas para ensayar?

—Francamente mal, trabajando todo el día en la cocina: ¡mira qué manos tengo! Pero por lo menos allí estamos calientes. El verano me da pavor.

Aun así, después de cenar, el rato antes de encerrarse en la casamata lo aprovechaba siempre para estudiar con los otros dos compañeros. Era muy poco, pero con esfuerzo «procuramos mantenernos en forma» —concluyó—: «Mira, hoy sólo tendremos media hora justa; tengo que dejarte». Se marchó con pena y Daniel lo miraba mientras se alejaba con pasos lentos e inseguros. Lo siguió con los ojos llenos de agradecimiento, hasta que entró en el barracón. ¡Cómo le había entendido y confortado!

Tuvieron tiempo de tratar y examinar la cuestión una y otra vez porque, con la primavera, la tarde era más larga y no les obligaban a entrar en los barracones hasta las nueve. El constructor de violines se había tranquilizado con la conversación y se durmió esperanzado y con el convencimiento de que iba a terminar el violín. Por eso, cuando al cabo de un par de días o acaso tres un *kapo* que no conocía le fue a buscar al taller, no se asustó y pensó que le llevaría a casa del comandante; estaba casi decidido, mientras dejaba las herramientas, a preguntarle cuánto tiempo le concedía para construir el instrumento. Se lo preguntaré, pensaba, de forma que no sospeche nada, como si fuera a necesitarlo para un concierto. Pero no se trataba de eso.

—Rápido; tienes que ir al taller de ropa —le ordenaron. Y como se quedara parado—: *Schnell, schnell!* —Un empujón acompañó las palabras.

Le siguió con la desolación en el alma. Si le recortaban el tiempo que podía dedicar a su trabajo, entonces sí que no podría acabar a tiempo su violín. ¿Y qué iba a hacer él en el taller de ropa? No sabía ni planchar ni coser como los sastres; sólo se le ocurría que pudieran ponerlo a lavar la ropa de los muertos: siempre la aprovechaban. Hacía tiempo que no veía de cerca a una mujer robusta y vistosa y le fascinó el cuerpo de aquella SS que vigilaba con una porra, innecesaria, en la mano a las mujeres y muchachas, pálidas y delgadas, que seleccionaban por piezas y planchaban un montón de ropa ya limpia. De un vistazo se dio cuenta de que había también allí ropa infantil: de los escasos niños que habían sobrevivido en el campo pequeño antes de la selección. En otro montón habían colocado la ropa demasiado estropeada que no se podía ni coser y que serviría, seguramente, para pasta de papel. Daniel ya sabía que, a la postre, todo resultaba útil. Al grupo de los «sanos» no les habían mirado la boca; en cambio, la fila de los enfermos, lo había visto él mismo, era revisada por un dentista que tenía sobre una mesa un pincel y pintura: pasado el día de la «limpieza», supo que la señal de pintura sobre el cuerpo desnudo señalaba a los que llevaban piezas de oro.

Así pues, no le habían llamado para lavar ropa. Fue conducido con tres presos más ante un sastre, bajito y hábil, que les tomó medidas, les probó unos trajes casi nuevos y le dijo al guardia que al día siguiente podrían ya volvérselos a probar y llevárselos. No lo entendieron en absoluto, y no precisamente porque no les faltara ropa. La llevaban tan vieja y desgastada que a duras penas les libró del frío durante el invierno pasado: las pulmonías habían hecho estragos entre los presos. Pero lo que no entendían en absoluto era que se preocuparan de proporcionarles un traje decente. Lo comentaron entre ellos al salir de la «sastrería», y no había forma de aclararse. Uno aventuró que acaso los iban a llevar a algún campo más frío, al norte, porque se había fijado que la americana era gruesa, muy forrada, pero era una teoría absurda. ¿Cuándo se habían preocupado los Cerdos de su salud?

Lo dejó correr, pues, y, con un ebanista que también había sido llamado al almacén de ropa, volvió a su trabajo sin querer buscarse más quebraderos de cabeza.

Al día siguiente les hicieron ponerse zapatos y los trajes nuevos y se presentó uno de los Unterstrumführers más temidos por su crueldad, con una joven SS a su lado; entraron en el taller bruscamente y muy temprano, cuando la luz del amanecer todavía era indecisa, hicieron algunos cambios mínimos y advirtieron a los dos presos de los trajes nuevos que tenían que obedecer sin hacer preguntas. Una de las órdenes, sin embargo, resultó muy difícil de cumplir: que una vez que los tuvieran arreglados a su gusto, maquillada la cara, fingieran que trabajaban con libertad.

—Ahora tenéis que sonreír —dijo la SS— o de lo contrario veréis crecer las patatas desde abajo.

Era la expresión habitual para referirse a los muertos: no se engañaron, pues, querían fotografías para su propaganda; hasta habían llegado a filmar un documental falso desde el principio hasta el fin. «Los internados en campos trabajan felices», era el lema; o «A cada uno el trabajo que le gusta». Una oleada de rabia se apoderó de Daniel y el rostro, lo notaba, se le enrojecía bajo la capa de maquillaje. La SS sonrió y blandió el bastón: antes de que cayera sobre ellos, los dos presos sonrieron —si se podía llamar sonrisa a aquellos labios separados y aquella huella del miedo que les hacía abrir los ojos—. La joven los retrató en diversas posturas y se ahorraron los golpes a cambio de la doble amargura de una sonrisa.

—¡Desvestíos! —la fotógrafa y el hombre se reían señalando sus cuerpos enflaquecidos.

Volvieron a ponerse su ropa vieja en silencio. Habían eludido el castigo, pero ni siquiera se habían ganado un traje que los abrigara. Con los andrajos de siempre, con aquella especie de chanclos de nuevo en los pies, volvió a su trabajo. Le costaba hacerlo, las manos le temblaban de nervios y por la humillación que había soportado, por la sonrisa ofrecida a los Enemigos. No sabía cuánto tiempo podría aguantar el seguir trabajando en aquellas condiciones, aunque era joven y aún no se le había marchitado el instinto de supervivencia. Con enorme sorpresa por su parte, el vigilante se le acercó ¡y le ofreció lo que quedaba de su botella de cerveza! Probablemente había pensado que aquella pareja también eran sus enemigos y le había disgustado aquella comedia de la fotografía. Daniel bebió con avidez y le dio las gracias; después se apretó dos o tres veces las manos y consiguió, al fin, dominar el temblor.

Su pensamiento volvió al violín. Los días anteriores había construido ya el fondo y los aros y ahora, con un martillo muy pequeño, se puso a golpear uno a uno los minúsculos tacos que lo sujetaban al molde. Al haber tenido especial cuidado en no poner allí más que dos gotas contadas de cola, al cabo de un rato ya pudo sacarlo sin dificultad. Esto le compensó del mal rato que había pasado con las fotografías; respiró hondo, satisfecho, al ver en sus manos aquella forma perfecta. No se había arriesgado a ninguna prueba, las medidas exteriores eran las exactas, las de siempre, las que se sabía de memoria; lo volvió a comprobar: 355 milímetros de largo, los pechos (como solía decir), 165, la cintura 115, los muslos 205. No pudo evitar acariciar el instrumento amado, el violín que acaso le salvaría si lograba terminar todo el trabajo que le quedaba: el fileteado, el acabado del mástil, el clavijero, el alma... tantas cosas, y sobre todo dar con el barniz adecuado, antes de montar el conjunto del instrumento.

Pero todavía quedaba mucho para llegar a aquel punto; hasta le fastidió que tocara la sirena sin haberle dado tiempo a trabajar las contracerchas, ni siquiera a comenzarlas a pulir.

No se podía arriesgar a saltarse la comida ni a actuar de una forma que llamara la atención de alguien. ¡A lo mejor algún compañero ya le envidiaba por aquellos dos tragos de cerveza! Para darse ánimos pensó en sus amigos, Freund, Bronislaw, que seguramente se debía de haber pasado toda la mañana cortando nabos con aquellas manos de plata que hacían cantar a las cuerdas, que algún día correrían por el mástil del violín que él construía en el *lager*.

Tenía que pensar en el artista, no en el comandante, que no se lo merecía. Con esta reflexión encontró la sopa mejor que de costumbre y soportó con paciencia las bromas de sus compañeros sobre el maquillaje, ¡en el que no había vuelto a pensar! Bueno, ya tendría tiempo de quitárselo por la noche, hoy que le tocaba ducha; ahora tenía que estar atento a la cena. Le vinieron al pensamiento, como tantas veces a esa misma hora, los recuerdos de los manjares que le preparaba su madre; cuanto más tiempo pasaba, más se anteponía el recuerdo de su madre al de una Eva desvaída. Su madre y su niña, Regina. Pensaba en el olor que, a veces, mientras subía la escalera interior, le permitía adivinar la cena: el caldo con tallarines, la sopa espesa o la pasta con nueces molidas, en la mesa bien preparada, con la «tabla de los quesos»

* a un lado siempre que había carne. Todo esto, claro está, antes de los días y los meses del gueto. Y ahora, en cambio, ¡venga nabos y caldo de nabos; y contentos!

Sintió una mano amigable, no enemiga, en la espalda: el profesor, ahora panadero, le pasó a escondidas una buena rebanada de pan que había logrado sustraer de la panadería. Era peligroso, podían matarlo o azotarlo por esto, pero a veces se arriesgaba y repartía las rebanadas a los compañeros de barracón según un orden estricto que nunca fallaba, para evitar envidias. ¡Ya ni se acordaba de qué día le había tocado a él! Estas mínimas conspiraciones, en medio de aquella miseria, eran como una llama que calentaba por dentro. Tenía suerte el profesor de trabajar en el horno de pan, pero se lo merecía porque se acordaba de sus amigos. Más animado con el suplemento de pan de centeno, caminaba después en la hilera que, bien vigilados, los llevaba a la fábrica; y todos se dieron cuenta de la llegada de un camión con su carga de desdicha. Un compañero volvió la cabeza para verlo, pero un puñetazo le hizo tambalearse, primero, y luego caminar deprisa para que no se repitiera: Que no se salga de la fila —pensó— porque lo matarán como a Dénes el otro día, sin motivo alguno.

Le parecía que tenía raíces en el campo desde hacía una eternidad, y sin embargo rememoró su llegada al mismo como si hubiera sido el día anterior. El estupor, los *Raus*!, los empujones recibidos, el ritual humillante, las largas horas de formación, a pie firme, desnudo en medio del frío, esperando su turno para las ceremonias vejatorias de la perversidad: el afeitado de la cara y del cuerpo a cargo de los presos

comunes —los temidos triángulos verdes— sin ningún miramiento, el tatuaje imborrable, el pelo cortado al cero, la rociada con desinfectante como si fueran plantas, el miedo a entrar en las duchas por si salía de ellas un gas letal, no aquella agua cortante de puro fría, pero inofensiva si no duraba demasiado —a veces, se divertían no dejándolos salir hasta que temblaban y les castañeteaban los dientes—, los golpes si no se atendían las órdenes en el acto, si se caminaba demasiado deprisa o demasiado despacio, los gritos, el llanto de los que todavía tenían mujer o hijos y se los habían arrancado de los brazos, los ojos desafiantes de aquel zíngaro, de aquel gitano que se cambió de fila y se puso al lado de su padre anciano y de su hijito conducidos hacia la muerte.

Volvió a oír en el recuerdo, mientras caminaba sin detenerse no fuera a ser que también le tocara recibir a él, los insultos con que fue acogido al descender del camión atestado, como todos los recién llegados, el más benigno de los cuales era el repetido *blöde Hunde* , ¡perro imbécil! Como el primer día, pensó que no existía respuesta para tanto sufrimiento, en este inacabable día del *Yom Kippur* —ayuno y expiación — abatido con furia sobre todos ellos.

Hacía horas y horas que pensaba, sobre todo, en su violín y días que recapacitaba sobre las posibilidades de sobrevivir. El día de la «limpieza de primavera» estuvo muy preocupado por las consecuencias que le acarrearía el simple hecho de haberse compadecido de los condenados. Y ahora, de golpe, oyendo de lejos los gritos contra los recién llegados, se maravilló sencillamente de que su corazón no estuviese muerto para los demás, que brotase en él, como una hierbezuela en tierra fértil, no en erial, un sentimiento hondo de compasión por otros hombres. A pesar de la sonrisa forzada y la burla de la mañana, a pesar de los meses de frío y de hambre, los moratones por los golpes recibidos, las amenazas, a pesar del esfuerzo empleado en no extrañarse ya de nada, en ahogar los gritos cuando le pegaban, en no pensar demasiado tiempo en cuanto no fuera inmediato, su corazón estaba vivo. Leyó un sentimiento similar en los ojos del muchacho, un joven preso político, que tenía al lado en la fila, justo el mismo que acababa de recibir el brutal puñetazo en el rostro y, en silencio, le apretó la mano compartiendo el oculto y tímido orgullo de que no les hubieran convertido en infrahumanos. ¡Ellos sí que lo eran!

Y todavía le quedó ánimo para confortarlo, ahora que el guardia iba más adelante:«¿Te ha hecho daño?».«Lo puedo aguantar.» Pensó que había dejado demasiado solo al muchacho y apoyó su mano en el hombro. El chico —en el *lager* todo se llegaba a saber— estaba aislado de los suyos, no podía recibir paquetes ni comunicarse con nadie, pese a no ser judío ni gitano. Le habían incluido entre los que estaban sometidos a esta pena complementaria que los Cerdos, en un secreto a voces, llamaban «decreto de noche y niebla» (nombre que demostraba la perversidad de la imaginación: palabras hermosas para un método infame) y que dejaba a los presos en una incertidumbre total. Ni siquiera los padres del chico sabían dónde estaba...

¿Alguien conservaba, al menos, una brizna de conciencia? No, era más verosímil pensar que no querían perder aquella mano de obra barata, que les proporcionaba buenas ganancias. El caso es que los mandamases de la fábrica, en aquella lejana sucursal de la IG Farben, les anunciaron por los altavoces que disponían de un cuarto de hora de descanso, por turnos que les serían comunicados, y a continuación les repartieron una prima en dinero para poder merendar en la cantina. Dentro de la nave se extendió una especie de rugido, como si hubiera entrado un mar de olas hinchadas, un inmenso y sordo clamor que costó mucho ahogar con los gritos de los vigilantes:

—*Schweight! Still!*

Las máquinas apagaron, por fin, con su ruido el de las bocas humanas; el muchacho joven, compañero de Daniel, lloraba sobre las piezas. Cuando les tocó ir a la cantina, quedaba poco que escoger y el muchacho y el *luthier* —que olvidó cualquier otra ley que no fuera el hambre— se comieron una salchicha y, muertos de sed como estaban, como dos niños asidos al pecho, se bebieron una botella entera de leche, tragando con ruido, y después se limpiaron los labios. Y cuando apuró la última gota, pensó que tenía que aprovechar hasta el último gramo de cualquier alimento si quería tener fuerzas para acabar su violín.

VII

«Hubo un tiempo, Yahvé, en que mi noche no fue angustiosa, ni yo tirado súbitamente a ningún camino extraño.»

JOSEP CARNER, *Nabí*

El violinista comenzó, solo, el tema lento y rítmico de la melodía; el arco se movía seguro; enseguida se le sumó el sencillo acompañamiento del violonchelo. Había meditado mucho qué pieza seleccionaría y finalmente se decidió por el tema y las variaciones de la *Follia* de Arcangelo Corelli, en la versión de Hubert Léonard, que se sabía de memoria: sólo que, en lugar del piano o clavicémbalo, adaptó el bajo para el violonchelo. Se conjuntaba con acierto; había hecho bien en seleccionar una obra que destacara especialmente los sonidos del violín, con brillantez pero sin acrobacias exageradas. Pronto la melodía danzó y saltó, el breve fragmento de doble cuerda, los trinos, surgieron con fluidez y gracia, hasta que el tema volvió a imponerse con tanta belleza que el silencio era absoluto entre los oyentes. El acompañamiento calló: tenía que concluir el violín completamente solo y lo hizo con suavidad y plenitud. El artista tenía los ojos cerrados y así permanecía todavía cuando la vibración enmudeció. Ahora —pensó como un relámpago— caerá el chaparrón de aplausos que le habían acompañado desde su primer concierto a los doce años. Ahora tenía veintiséis.

Abrió los ojos, volviendo a sí mismo y a su situación, y hasta se extrañó de escuchar algunos aplausos, muy pocos. El mismo comandante golpeó las manos un par de veces y los dos se inclinaron ante el Cerdo.

—Habéis tocado bien —respiró con alivio al escucharlo— y el solo de violín ha sido acertado.

Su alivio era más profundo, si cabe, porque sabía que el violín no se había secado todo el tiempo preciso. El comandante miró a Rascher con una medio sonrisa de ironía, satisfecho.

—Vosotros dos y el *luthier* —en esta ocasión no dijo el carpinterucho— no iréis, de momento, a la cantera.

Se volvió hacia la media docena de invitados.

—Señores, se han ganado una propina.

Se dirigió a su asistente, que le alargó una moneda. Ahora me la dará —pensó Bronislaw—; pero no fue así. El violonchelista había dejado abierto el estuche de su instrumento y la tiró dentro, como se hace con los músicos callejeros; los invitados, entre ellos una muchacha con el

uniforme de las SS, le imitaron y el violonchelista se agachó a recoger las monedas con la efigie odiada, de prisa, con cara de estar pensando en la comida que podría conseguir con ellas.

Pero él, hoy, no se agacharía, a no ser que le forzaran; ahora no, después de haber tocado como lo había hecho, con toda su alma, defendiendo la vida de Daniel; después de haber tocado como debía de hacerlo Corelli, pensó con los ojos nublados de rabia, no me agacharé —y estrechó el preciado instrumento—, por unos momentos soy un príncipe.

—¿Qué haces? ¡Dame el violín!

¡Qué fuerte lo tenía asido! Con pesar, con ardor en las mejillas, con rabia de fuego por dentro, depositó el amado violín y el arco en las manos del Cerdo, que se lo enseñaba al resto envaneciéndose como si lo hubiera construido él mismo. Observó que uno de los invitados no había tirado ninguna moneda en el estuche y le estaba mirando con los ojos llenos de admiración; aquella cara le era conocida y se fijó en que llevaba el uniforme de la Wehrmacht, no el de las SS; debía de ser un músico conocido, ahora movilizado. Se acercó al violinista, sin ocultarse, y ostensiblemente le colocó un buen billete en las manos.

—¡Marchaos ya! *Raus* !

Sauckel lo había gritado volviéndose. Se notaba que tenía prisa por atender a los manjares que se adivinaban, cubiertos con tapaderas brillantes, sobre la mesa guarnecida con flores y manteles blancos, como si no existiera el campo ni la guerra, entre el rojo de las botellas de vino y las copas para el champán francés que, sin duda, les sacarían. Su compañero con el instrumento y él, desposeído de su violín, salieron; debían ir a quitarse el traje de concierto, según tenían prescrito. Bronislaw le dijo al violonchelista:

—Nos repartiremos el dinero los tres —y desdobló el billete para ver de cuánto era. Dentro había un diminuto trozo de papel doblado. Y las increíbles, deslumbrantes palabras, como grabadas en oro, que ocultó a su compañero y a todos (comiéndose el papelito): «Te sacaré de aquí».

*

El violinista acabó con los dos últimos toques del arco, nítidos, decididos y suaves a la vez. Hacía mucho tiempo que no había ejecutado aquella pieza, pero ya desde el comienzo, el vuelo de la melodía brotó seguro, emocionante, sin la menor vacilación, con la afinación perfecta —él era el primero en darse cuenta.

Tenía los ojos cerrados durante los últimos compases, no necesitaba ver nada para acabarla con exactitud. Esperó un momento, en el silencio breve que seguía al reposo del aire. Su pensamiento dejó la música y, fluctuando, se preguntó si habría satisfecho al comandante, si habría

salvado su vida y la de Daniel. Un diluvio de aplausos le sacó de ese espejismo amargo. ¡Dios mío! ¿Qué le había pasado? Tenía al lado al pianista, no al violonchelo, ambos se inclinaban para saludar, cerca de la boca del escenario, una eclosión de flores le rodeaba. Los aplausos no paraban, el público se ponía en pie; su compañero le hacía señales de que se adelantara a saludar él solo, Bronislaw. Una niña preciosa entregó a cada uno de ellos una rosa encendida, roja, saludándoles graciosamente; y después, a él, un ramillete de orquídeas.

Todo le parecía un sueño, aunque se movía con seguridad aparente, sonreía, sin desdecir lo que todo el mundo esperaba de un virtuoso, firmaba algunos programas del concierto a los melómanos que se lo pedían, hacía el honor al *smörgåsbord* que siguió, antes de poder retornar al descanso de su casa. Pero no quiso acostarse enseguida porque estaba seguro de que volvería a visitarle la vieja pesadilla.

—Me quedaré leyendo un rato —le dijo a Ingrid, que enseguida comprendió la situación. La calefacción le aseguraba una buena temperatura, pero Ingrid había encendido la chimenea y fue a sentarse a su lado, como le gustaba; se llenó un vaso de vino blanco, frío, no muy fuerte; entornó los ojos un momento, antes de hojear un libro que le interesaba y que estaba leyendo aquellos días; seguramente le distraería, también hoy, de sus recuerdos. Pero los recuerdos eran tozudos y la culpa había sido suya, aquella noche; no tenía que haber tocado la *Follia* de Corelli, la pieza que hacía siglos que no quería interpretar y que le devolvió vívidamente al *lager*, casi como una alucinación. Sin embargo, ahora, en la tranquilidad de su casa, después de tanto tiempo pasado en relativa paz, se sentía con fuerza para recordar sin estremecerse, ahora que ya tenía los cabellos blancos.

¿Qué habría sido de sus compañeros de desgracia? Él apenas había querido volver a hablar de aquellos tiempos y de muchos de ellos no recordaba ni la fisonomía; pero la de Daniel, aquel *luthier* excepcional, la veía como si la tuviera delante, como si el resplandor de las llamas iluminara sus rasgos, aquellos ojos que el hambre no había conseguido apagar del todo, que reflejaban todos los movimientos de su espíritu: el coraje, el miedo, la ira, la desesperación cuando supo que se lo habían jugado contra una caja de vino francés. Tenía presentes también sus manos delgadas, una de ellas con un ligero corte en el dorso, habilísimas, con el ominoso tatuaje imborrable que él también llevaba. Las manos que le decían adiós cuando el músico, afortunado, salió del *lager* con un preso anciano y ocho mujeres enfermas: la cuota del *Drezflüßelager* a la lista de compra; sí, el conde Bernadotte los había comprado junto a otros muchos presos de otros campos de muerte, a cambio de camiones. Él siempre pensó que debía su inclusión en la lista al oficial de la Wehrmacht que le había dado el billete. ¡Dios mío!, qué viaje... duro, inacabable, los campos devastados, la esperanza ardiente. Una especie de alegría salvaje y a la vez un pesar, una sensación de inocente culpabilidad por todos los que se quedaban entre los Cerdos, principalmente sus compañeros de trío..., pero sobre todo Daniel.

Estaba claro que hoy tenía que renunciar a concentrarse en la lectura. Puso, muy baja, una cinta, pero tampoco le prestó atención. Mañana sí que se distraería; por la tarde irían a la casa de madera junto al lago bordeado de abedules donde se deslizaban los patos y los cisnes. Nunca más quiso moverse de Suecia, el país que lo acogió. Nunca más. Le había quedado una secuela de su esclavitud: una especie de fobia, una inseguridad que únicamente se manifestaba en un miedo irracional a los viajes, a salir del país. Muy pronto renunció, por ello, a las giras, que le producían pesadillas, salvo algún concierto en los países vecinos, donde se encontraba seguro, en Dinamarca, en Noruega, en la patria de Sibelius; y en cuanto tuvo los papeles arreglados y la nacionalidad sueca, aceptó la cátedra en el conservatorio. Sus escasos conciertos eran celebradísimos y, más tarde, vinieron violinistas de todas partes a aprender su arte en la digitación y la cadencia clásica.

No, decidió, no volvería a interpretar la *Follia*. Con ella había estrenado, ante el odiado tirano, el violín construido con tanto esfuerzo por su amigo; y la había tocado con todos sus sentidos. ¡Parecía como si fuera ayer! Ninguno de los dos podía soportar que aquel precioso instrumento se quedara en manos del comandante; ¡incluso hicieron planes imposibles para sustituirlo! Y al día siguiente de haber tocado no sabía cómo tranquilizar a Daniel, cómo calmar otra vez su angustia, porque únicamente le habían comunicado que los dos podrían continuar «de momento» en su lugar de trabajo.

No había escuchado de aquellos labios odiosos ni una palabra sobre el destino del constructor de violines. ¿Se había cumplido el plazo convenido? Él creía que sí, pero no lo sabía con certeza y aquella incertidumbre era difícil de llevar para su compañero. Dos o tres días después del estreno, por la noche, el *luthier* le contó que aquel mediodía Sauckel le había mandado llamar a la carpintería. Le contó minuciosamente cómo le habían conducido a su presencia y cómo, hecho insólito, el comandante le había felicitado por la hermosa estampa del instrumento. Cómo, mientras Daniel estaba firme ante él, el corazón golpeándole con furia, esperando escuchar, acaso, un indulto de las manos de Rascher, oyó que añadía:

—He decidido darte una propina, aunque no has hecho más que cumplir con tu obligación de trabajador.

—Gracias, señor —¡qué esfuerzo pronunciar aquellas dos palabras! Pero la continuación no fue la esperada; se dirigió al asistente:

—Llévalo a nuestra cocina y que le den un plato de comida. Rápido, que las fábricas no esperan.

La decepción casi le quitó el hambre; pero en cuanto estuvo en la cocina devoró el estofado que la cocinera del comandante puso ante él. Toda la tarde —le dijo a Bronislaw— trabajó sin poder quitarse de la cabeza la idea de que el Cerdo jugaba con él, porque seguramente sospechaba la verdad: que el músico había oído la apuesta y que, como era lógico, lo

habían comentado juntos y estaban esperando el resultado. Pronto el violinista sabría algo más.

Al día siguiente del plato de estofado, un *kapo* fue al taller a buscar a dos carpinteros, Daniel y otro más joven.

—Seguidme.

Dejaron las herramientas, siguieron con dificultad su paso ágil, ¡estaría bueno, con lo bien calzado que iba!

—*Schnell, schnell!*

Llegó el cabo, les metió prisa:

—¡Venga, gandules! Os esperan en casa del Sturmbannführer, hay que descargar una camioneta.

Vaya, pensó el *luthier*, se ha arrepentido de haberme felicitado y ahora quiere hacerme pagar el plato de carne y me convertirá en descargador para demostrarme que el violín no me da ningún privilegio; no era la primera vez que se encontraba con interrupciones y órdenes como ésta. Le sorprendió ver que Sauckel, junto a su perro, estaba al pie de las escaleras de su casa, bajo el invernadero ahora lleno de flores, como si se dispusiera a dirigir la operación; pronto lo comprendieron: habían llegado plantas nuevas. Se acercaron a la camioneta y, tal como se lo ordenaron, Daniel descargó tres tiestos de rosales, uno tras otro, que le hicieron doblar las rodillas; no estaba acostumbrado y se fatigaba muchísimo. El tercer viaje, escaleras arriba, con el peso del tiesto y aquellos zapatones de madera en los pies, le hizo vacilar y al bajar se sintió medio mareado y se detuvo a respirar. El asistente le dio un bastonazo en el culo, sin demasiada fuerza.

—*Ja*, Markus.

El monstruo sonrió, aprobándolo.

—No les dejes gandulear, que no han terminado.

Reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban, comenzó a arrastrar por el suelo de la camioneta, antes de cargárselo, el grueso paquete que venía detrás de las macetas, mientras su compañero empujaba la última planta. Pero de pronto lo volvió a dejar en su sitio y se detuvo en seco. Sus ojos leyeron las letras grandes, rojas, y sus orejas escucharon el tintineo de las botellas. Era UNA CAJA DE VINO DE BORGOÑA. Una niebla espesa le nubló la vista y cayó tendido al suelo.

*

—¡Los hemos vencido!

—¡Tú, tú solo eres el que ha ganado!

No se habían podido ver hasta la noche, y ahora, sentados en una especie de banco de piedra, se abrazaron los dos, riendo y llorando sin ninguna vergüenza. No, pensó Bronislaw, no ha sido el Degenerado quien ha ganado la apuesta, sino Daniel, al precio —se temía, mirándole la cara— de un agotamiento extremo. Los demás detalles que escuchó el violinista con afectuosa atención, la mano sobre el hombro frágil, bien mirado no tenían ninguna importancia. Cómo había recuperado el conocimiento, mareado, sin fuerza, con una jarra de agua fría que le echaron por la cara; cómo, cuando todavía estaba en el suelo, oyó la risa del comandante y de su asistente; cómo, finalmente, permitieron que su compañero, cuando terminó de descargar, le ayudara a levantarse y le acompañara a la enfermería para que le curasen el golpe en la frente, que manaba sangre. Tuvo que reclinarse en el brazo de su compañero.

—Sí, llévalo a que lo curen para que pueda trabajar por la tarde, ¡el muy enclenque!

Pero ahora ya le daban igual las palabras de burla. Los había ganado, había construido su violín, su «Daniel Cracoviensis», en el tiempo fijado. Desde que no estaba Rascher, en la enfermería las cosas iban mejor, tenían orden de atender a los presos «curables». El médico judío, que trabajaba a las órdenes del oficial médico alemán, hacía cuanto podía por ellos. Mientras desinfectaba y curaba su herida, Daniel musitó:

—¡Les he ganado! Ya no tendré que tomarme el cianuro que me diste.

Porque era el único que había compartido el secreto, aquel médico taciturno y compasivo que accedió —el mismo día en que el constructor de violines había concluido su instrumento— a darle la cápsula cuando fue a curarse un corte en la mano, hecho expresamente para obtener permiso para presentarse en la enfermería. Y ahora le estrechó la mano, le puso dentro a escondidas una caja de vitaminas: «Te hacen mucha falta».

No tendría, pues, que tomarse la cápsula de veneno. Y no le llevarían a un lugar peor que la tumba, al frío glacial en presencia de otro hielo: los ojos malditos que espiaban el sufrimiento agónico.

—Ha debido de estar acabado justo en el plazo —dijo al fin el músico—. Por eso me dio algunas mañanas libres de trabajo en la cocina y me mandó que te ayudara en el taller.

En realidad, no es que le hubiera ayudado gran cosa, aparte de pasarle las herramientas y de ayudarle en las pruebas de barniz y a moler el polvo de aloe en el mortero, pero Daniel le aseguró que sólo el tenerle a su lado le daba mucho ánimo. En la carpintería no tenían tiempo de hablar de otra cosa que no fuera el violín. El *luthier* se reservó la mayor parte del trabajo, como era natural; el músico hacía de aprendiz, le

dejaba el fino pincel en el bote lleno de alcohol, lo limpiaba con un trapo cada vez que se lo pedía, le ponía agua a calentar para limpiar la cola, pequeñas labores que le llenaban de satisfacción.

Recordaba cómo se había limitado a aprobar la decisión de Daniel cuando se decidió por el barniz de aceite y con qué esmero pesó los ingredientes, que no le había permitido pesar a él, en las minúsculas balanzas: el áloe, la sandárac, la trementina de Venecia, la esencia de color, la mezcla hecha a fuego muy lento, que le dejó verter sobre la tela fina que utilizó como filtro. ¡Cuántas pruebas no había hecho antes, mientras trabajaba a la vez en los retoques de las diversas partes del instrumento! Buen testimonio de ello eran aquellos retazos de madera de abeto, de mostellar, que, una vez secos, examinaban, escudriñaban, hasta que la experiencia del constructor de violines, más que la suya, les había permitido escoger la mezcla más adecuada, a pesar de las mínimas diferencias entre cada una de ellas —cuyas proporciones exactas, por otra parte, Bronislaw desconocía—. Finalmente le había ayudado en la colocación de las cuatro cuerdas y había comprobado su afinación.

Miró a su amigo y lo vio, pasada la euforia, más cansado que otros días: «¡No te abandones, ahora!». Tenía que irse a descansar, no había más que mirar aquellas ojeras, su acentuada palidez. Tendría cuidado de llevarle sobras de comida de la cocina —pensó— pese a que lo vigilaban estrechamente. De todas formas, se separaron contentos hasta la noche y esperaba que, sin la angustia del plazo, seguro ya de haberse librado de los lazos helados de Rascher, el muchacho dormiría de un tirón toda la noche. No había niebla y lucía la chispa de una pequeña estrella.

VIII

«Igual que en los bosques, con los fríos primeros del otoño, caen muchas hojas arrancadas.»

VIRGILIO, *Eneida* , VI-309

Las llamas se habían apagado y quedaba únicamente la ceniza; no le gustaba la ceniza de los muertos. La extendió con el hierro entre ascuas menudas y se sirvió un vaso de vino del Rin, frío, ahora que Ingrid dormía. Todo había sido perfecto, el almuerzo de homenaje, la medalla de oro de la ciudad. Había notado algunas ausencias, algún colega enfermo, algún envidioso, pensó. Flores, brindis, medallas... ceniza, todo, menos la música.

Eso sí que había sido una sorpresa. Ingrid y sus amigos no habían dejado que adivinara nada; se sentía aún conmovido hasta el corazón. Quería pensarlo con calma, ahora, antes de irse a la cama, ya tendría tiempo de dormir más tarde, en la quietud de la casa, sólo con algún chiar de golondrinas y el tenue chapoteo, como un violín con sordina, de las aguas del lago.

Ingrid se había despedido mucho antes, después del banquete.

—Te acompañará mi hija. Yo me voy antes para calentar la casa.

Le rodearon algunos amigos, el director del teatro de la ópera, hasta que ya a media tarde le dejaron en paz, cansado. Pero el trayecto en coche, con los ojos cerrados, le despejó. Cuando los abrió, las aguas parecían un espejo, la casa estaba muy iluminada y, al entrar, le acogieron los aplausos de un pequeño grupo de músicos, muy pocos. Había un trío muy famoso, Gerda, Virgili y Climent: recordaba a este último porque cuando era muy joven había asistido como alumno a uno de sus cursos de cadencia e improvisación. También estaba la directora del conservatorio y una mujer de ojos claros a la que no conocía, pero que vagamente le recordaba a alguien. No le dejaron opción, le hicieron sentarse junto al hogar; Ingrid y Climent se colocaron a su lado y ella se puso el dedo sobre los labios.

Y comenzó. Lo recordaba todo, nota a nota, lo podría cantar entero ahora mismo. Había pocos compositores, ahora, que fueran capaces de hacer cantar al violín —lo había pensado la noche anterior—, se olvidaban de la melodía y de aquella vieja complicidad entre los músicos y *luthiers* . Pero aquellos tres sí que cantaban. ¡Dios mío! El primer tiempo se le pasó deprisa, con la sorpresa y la novedad, pero cuando el violín, solo, comenzó el segundo movimiento, mientras escuchaba y retenía, inconscientemente, cada nota, su pensamiento se preguntaba

dónde había oído aquellos sonidos... No, el trío era nuevo, una obra de Climent sin estrenar. De golpe, como un relámpago, lo supo: aquella desconocida tocaba el violín de Daniel, el violín del *lager*. Estaba seguro, no hacía falta que le dijeran nada.

La muchacha —para él todas las mujeres que no eran viejas eran muchachas— se le acercó, acabada la preciosa interpretación del *Trío de Mitilene*.

—Mire el violín, ¿a que lo reconoce? Soy Regina, la hija de Daniel.

Regina besó el violín, después lo puso en sus manos y lo besó a él en la frente. «Es como si te conociera desde hace mucho tiempo.» Repasó el violín con la mirada, lo palpó, estaba claro que era el violín de su amigo que ahora cantaba en las manos de la muchacha. Arrugó la frente.

—¿La hija? Él me había hablado de una sobrina.

Los demás amigos se habían mantenido algo apartados de los dos y vio que Ingrid los llevaba a su estudio. Yo he querido olvidarlo todo, le dijo a Regina, pero no he podido; y saltó la pregunta que tantas veces le había angustiado.

—¿Sobrevivió Daniel?

Ambos hablaban, sin pensarlo, no en yídish, que la mujer no había aprendido, sino en polaco. El *luthier* había sobrevivido a su internamiento —le contó con dulzura Regina—, pero había muerto muy joven cuando ella tenía diecisiete años. Y era, en efecto, su hija, porque al salir del hospital, él y Eva la habían adoptado legalmente. Para entonces ya empezaba a tocar el violín, añadió, porque su pariente músico, Rudi, la había iniciado a los cinco años.

Le alegraba haber conocido a la hija de Daniel, ahora que había llegado a la vejez. Estaba claro que ella no había salido nunca de Polonia y él no había querido volver más allí...; había cortado todos los vínculos, los pocos que el exterminio le había dejado.

—Lo entiendo —había dicho la muchacha cuando él se lo contaba—. Eva tampoco quería volver a hablar más de aquel tiempo; se ocupaba en mil actividades, bebía algo más de la cuenta, no me dijo nunca nada; supe por mi padre, a los doce años, que la habían esterilizado en Auschwitz, de una forma inhumana; todavía con frecuencia tenía dolores en el vientre. En cambio, el *luthier* le había hablado sin descanso a Regina, seguramente porque tenía un recuerdo, un hilo de luz entre la miseria: había conseguido terminar el violín.

En la voz de la muchacha las viejas sombras ya no le hacían daño. Los médicos, le había dicho Daniel, no entendían cómo había podido salir adelante, cuando le llevaron al hospital tras la liberación del *lager*.

Estuvo meses y meses como si dudara entre vivir o morir, en el cruce de los dos caminos. En cambio, los otros dos músicos, compañeros de Bronislaw, habían muerto en el primer invierno tras la salida del «transporte sueco». Y un día, de pronto, hizo crisis, tomó la encrucijada de la vida. Le había contado a Regina, detalle por detalle, la visita de su antiguo compañero, el mecánico, y fue como si ella misma lo hubiera presenciado.

—Se presentó en el hospital, se sentó al lado de la cama de mi padre y, triunfalmente, le enseñó el violín. «Es tuyo —le dijo—, lo he comprado para ti.»

No se trataba de ninguna coincidencia, de ninguna artimaña de Freund, que enseguida se marchó a Estados Unidos. Era verdad que lo había comprado en la subasta de los bienes del ex comandante, poco después de que el Cerdo hubiera sido juzgado y ahorcado —el verdugo Rascher se había suicidado en el momento en que iban a buscarle para la horca—. Aquél era su violín; a Daniel no le hacía falta leer las letras para saberlo, tenía la figura exacta en su pensamiento igual que el día en que había comenzado a seleccionar los materiales para construirlo, entre el terror y la miseria. Hambriento, a veces baldado a golpes, con rabia y con pena, le había asegurado a su hija que en lo más hondo de sí siempre había tenido una esperanza: que su instrumento no acabaría entre las manos del Verdugo. Que alguien lo cogería, un día cada vez menos lejano, y el violín viviría aunque lo mataran a él.

—¿Sabes? —le dijo a Regina—, cuando Freund me lo llevó, volví a escuchar la pregunta: «¿Oficio?», «constructor de violines».

*

Ya no había rescoldo entre las cenizas, pero aún quedaba algo de calor. ¿Quién sabe si volverían a verse? Ella, acabada la gira por Holanda, regresaría a su país; bendita sea, que me ha devuelto a Daniel y acaso la paz: siempre le había dolido haberle dejado en el *lager*, absolutamente impotente para actuar..., la mano diciéndole adiós y una llama quemándole el pecho.

Mañana tocaría la parte del violín del *Trío de Mitilene*; Climent le había regalado la partitura, pero ahora mismo podría tocarlo de memoria si quisiera. Esta noche no volvería la vieja pesadilla que de vez en cuando le llevaba al Campo de los Tres Ríos. No, no era cierto —¿verdad, Daniel?— que la música amansara las fieras; pero al final, todo era canción...

Alt Empordà, febrero de 1993

* *Rosh Hashanah* , o el año nuevo judío, cae en el mes de septiembre.
(Todas las notas son de la autora.)

* Cristianos, no judíos.

* Ceremonia de entrada y reconocimiento de la madurez religiosa.

* Pura.

* Para cumplir el precepto ritual de la separación entre la carne y los laticinios: «No cocerás el cabrito con la leche de su madre», *Éxodo* , 23, 19.